

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

ANTI-ESPÍA, K-7

Keith Luger

K-7



Gilbert Laffont sabía que había llegado al último trozo de su camino.

Le bastaba ver a los dos hombres que estaban frente a él para no tener la menor duda. En unos minutos, estaría listo para ocupar un ataúd.

Le habían atrapado en su propio apartamento, y ahora estaban allí, en el *living*.

El más alto de los fulanos, que se llamaba Joe, rió por la comisura de la boca y le señaló con el dedo.

—Anda, Gilbert, mírate en el espejo y verás la cara que te hemos puesto.



Keith Luger

Anti-espía K-7

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1445

ePub r1.0

Lds 10.12.18

Título original: *Anti-espía*

K-7

Keith Luger, 1978

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Gilbert Laffont sabía que había llegado al último trozo de su camino.

Le bastaba ver a los dos hombres que estaban frente a él para no tener la menor duda. En unos minutos, estaría listo para ocupar un ataúd.

Le habían atrapado en su propio apartamento, y ahora estaban allí, en el *living*.

El más alto de los fulanos, que se llamaba Joe, rió por la comisura de la boca y le señaló con el dedo.

—Anda, Gilbert, mírate en el espejo y verás la cara que te hemos puesto.

A Gilbert no le hacía falta mirarse en un espejo para saber que tenía su cara convertida en un tomate maduro. Se la habían golpeado concienzudamente. Joe tenía buenos nudillos, y su compañero, Vince, daba la impresión de que en su vida había hecho otra cosa que machacar narices.

Gilbert trató de llevar aire a sus pulmones, sentado en el sofá.

Los dos verdugos, Joe y Vince, estaban en mangas de camisa, en las cuales aparecían ahora algunas manchas de sangre, sangre de Gilbert.

—Muchacho —dijo Joe—, sólo hemos venido a que nos hagas un favor. Tú nos das lo que nosotros queremos, y luego todos felices.

—¿Os marcharéis sin hacerme más daño? —preguntó Gilbert.

—Claro. —Joe miró a Vince—. Eh, muchacho, díselo tú.

Vince sacudió la cabeza. Era grande como un oso.

—Sí, chico, ten la seguridad de que nos iremos con la música a otra parte, y dejaremos que te pongas media docena de buenos

filetes en esa cara que te hemos puesto —lanzó una risotada para festejar su chiste.

Joe chascó la lengua.

—Vince, no deberías burlarte de nuestro amigo Gilbert. Ya le has oído. Quiere confraternizar con nosotros.

—Demonios, qué palabreja. ¿Has dicho compadrear?

—Es lo mismo.

Joe sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Gilbert.

—¿Fumas?

—Sí, fumaré.

El propio Joe puso un cigarrillo en los labios de su víctima, y dijo:

—Vince, ¿qué estás esperando para traer una llama a nuestro amigo Gilbert?

El oso utilizó una de sus zarpas para frotar una cerilla en el tacón del zapato y acercó la lumbre al cigarrillo de Gilbert.

Éste encendió con largas chupadas y se puso a toser.

Joe le dio unas palmadas en la espalda.

—Vamos, muchacho, no te ahogues.

Gilbert, la cabeza entre las piernas, siguió tosiendo para ganar tiempo. ¿Qué hacía ahora? El mismo se consideraba sin fuerzas. No podía resistir más. Su secreto era muy importante para Francia, y aquellos dos hombres estaban allí para arrancárselo. Sonrió con amargura pensando que el destino de Francia se pudiese estar jugando en aquel momento allí, en un modesto apartamento de la ciudad de Nueva York.

Joe le golpeó en el hombro con el dedo índice.

—Eh, Gilbert, no querrás que empecemos otra vez.

—No.

—¿Lo oyes, Vince? Gilbert está conforme para que hagamos las paces.

—El muchacho es listo y sabe lo que le conviene —sonrió Vince, mostrando unos dientes como paletas.

Joe se sentó en el sofá, junto a Gilbert.

—Anda, Gilbert, escúpelo.

—No lo tengo yo.

—No lo tengo yo. Os lo juro.

Joe hizo una mueca.

—Gilbert, ¿quieres que empecemos otra vez?... Vince y yo estamos cansados de pegarte, pero somos dos tipos fuertes y ya descansamos bastante. Nosotros podremos resistirlo, pero tú no.

—Os estoy diciendo la verdad.

Vince dio un paso hacia ellos.

—Joe, déjame a mí. Le patearé un poco en el suelo.

—¿Qué le vas a hacer, Vince?

—La coctelera.

Joe se echó a reír.

—Gilbert, ¿sabes lo que es la coctelera?

—No.

—Es una especie de pateo de riñón, de hígado y un poco de tripa... Vince es el mejor barman para preparar esa clase de cóctel, pero lo malo es que tú no lo podrás resistir.

—No quiero que me lo haga.

—Claro que no. Vince no te lo hará, y para eso vas a ser un chico con mucho seso y nos vas a soltar el secreto.

—Lo haré.

—Estupendo. Empieza.

—Lo tiene otra persona.

—¿Qué cosa?

—El secreto.

—¡Gilbert! —bramó Joe.

—Os juro que es cierto... Y tuve el secreto hasta que se lo pasé a esa persona.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un par de horas.

—¿Dónde?

—En la cafetería Kansas.

—¿Quién es la persona?

—Él tipo que despacha las salchichas de Frankfurt.

Joe apretó los maxilares.

—¿A quién quieres engañar, estúpido?

—No os engaño.

—¿Cómo quieres que nos creamos que entregaste un secreto tan importante a un empleado cualquiera?

—No es un empleado cualquiera.

—¿No? ¿Y qué es?

—Un agente.

—Tonterías.

—El mejor agente al servicio de Francia.

Vince se escupió en las manos.

—Déjamelo, Joe... Le haré la coctelera.

—Espera un momento, Vince.

—¿A qué debemos esperar, infiernos? El tipo nos está tomando el pelo.

—Un momento, Vince. No te pongas nervioso. Esto hay que pensarlo con la cabeza... Todos sabemos la importancia que tiene lo de Gilbert. ¿No es lógico que los Servicios Franceses de Información hayan puesto toda la carne en el asador?... —Hizo una pausa y miró otra vez a Gilbert—. Gilbert, ¿quién es él?

Gilbert se mojó los labios con la lengua, y eso le costó mucho trabajo porque los tenía hinchados.

Todo lo que estaba diciendo era falso. El empleado de la cafetería Kansas que despachaba las salchichas de Frankfurt no tenía nada que ver con él ni con el Servicio de Información Francés. Era un simpático muchacho que respondía al nombre de Charlie Clymer. En realidad la única relación de Charlie con Francia consistía en que su madre, casada con un americano, le había traído al mundo en tierra francesa, lo cual le había permitido aprender muy bien la lengua de Moliere. Pero eso era todo, ya que Charlie era lo más opuesto a un agente de espionaje o del contraespionaje. Sin embargo, no tenía ya donde elegir. Había empezado a hablar de Charlie porque fue lo primero que se le ocurrió. Su secreto, el que aquellos dos hombres perseguían, estaba allí, en aquella habitación, pero si lograba despistarles, existiría todavía alguna probabilidad de que lo que tanto le había costado conseguir llegase al fin a su destino, a París.

—Gilbert —repitió Joe—, ¿quién es realmente ese fulano?

—Agente K7.

—¿Cómo?

—K7.

Joe guardó un respetuoso silencio.

Vince había arrugado la nariz.

—¿Qué pasa con K7, Joe?

—Tú no sabes nada.

—No, no lo sé, y para eso estás tú, para que me informes.

—Eres un estúpido, Vince.

—Cuidado, sin insultar.

—K7 es el mejor agente francés, el más inteligente de todos los que trabajan para las potencias occidentales...

—Un superhombre, ¿eh, Joe?

—Sí, Vince, ya lo puedes jurar.

—¿Mejor que James Bond?

—No seas idiota, Vince. James Bond no existe.

—Yo he visto sus películas.

—Eso es James Bond, un héroe de películas y de novelas, pero K7 es de carne y hueso... Y lo tenemos aquí, en Nueva York... ¿Te das cuenta, Vince?

Vince se llevó la mano a la funda sobaquera y golpeó con la palma la culata de la pistola.

—Plomo con él, Joe.

—Sí, muchacho, es lo que va a tener el agente K7. De eso estamos los dos seguros, pero antes tendrá que soltar lo que vinimos buscando, lo que nos interesa.

Vince movió la cabeza de arriba abajo.

De pronto, Gilbert saltó del diván.

Pegó un testarazo a Vince y lo derribó en el suelo. Pero él también cayó.

Se revolvió en el momento en que Joe sacaba una pistola con silenciador de la chaqueta que había dejado en la silla.

Gilbert dio media vuelta y corrió hacia la puerta.

Sonó un suave estampido y Gilbert sintió que era alcanzado en la espalda. Luego otro estallido, y un segundo plomo le mordió en la carne.

Dio un traspie y se derrumbó.

Joe se levantó soltando imprecaciones.

—¿Dónde está ese bastardo? ¿Dónde?

—Ya le di el premio —dijo Joe.

Los dos miraron a Gilbert Laffont, que había quedado de bruces.

Joe se acercó a su víctima y le pasó una mano por debajo, apoyándola en el pecho.

—Quedó listo.

Vince sonrió.

—Bueno, ahora sólo nos queda ir a por ese famoso agente.

—Sí, Vince... K7 será todo lo bueno que él quiera, pero también le ha llegado su última hora, y vamos a ser nosotros, tú y yo, los que acabemos con él... ¿Te das cuenta, Vince? Seremos los famosos tipos que mataron al famoso K7.

CAPÍTULO II

—¿Cómo quiere las salchichas de Frankfurt, señora Holmes? ¿Con tomate o mostaza?

—Mostaza.

—¿Mucha o poca?

—Mucha.

—Aquí lo tiene, señora Holmes. Las mejores salchichas de Frankfurt, con mostacita de la rica... Mírelas, señora. ¿No dicen comedme?

La señora Holmes cogió el sándwich que Charlie Clymer le alargaba y pagó.

—Quédate con la vuelta, Charlie.

—Gracias, señora Holmes. Ya tengo algo más para casarme.

—¿Te vas a casar?

—Claro, señora Holmes. Prometí a mi abuelita que tendría seis hijos y no la puedo defraudar.

—Ella estará muy contenta con sus nietecitos.

—No puede, señora Holmes. Ya murió.

En ese momento se detuvo junto a la señora Holmes una joven.

Charlie la quiso atender con gentileza porque era muy mona.

—¿Salchichas de Frankfurt?

—No.

—También le puedo servir un bocadillo de jamón.

—Disculpe, pero no tengo ganas de comer... Por favor, ¿es ésta la cafetería Kansas?

—Sí.

—¿No hay otra en esta calle?

—No, no hay otra en la calle.

—Entonces es ésta... Gracias.

—No hay de qué.

La joven se apartó del mostrador en donde Charlie servía las salchichas de Frankfurt, pero no fue muy lejos, a unos dos metros. Estaba nerviosa, impaciente.

Charlie admiró el hermoso cuerpo de la desconocida, sus curvas armoniosas, su rostro bellísimo, su cabello rubio como el champaña.

El señor Ferguson llegó como siempre, ebrio.

—Hola, Charlie, ¿me sirves unas salchichas con mucho *whisky*?

—Perdone, señor Ferguson, pero sólo le puedo servir las salchichas.

—Entonces me voy a donde está el *whisky*.

Ferguson se fue también de allí, a la otra parte del mostrador.

Charlie Clymer ocupaba aquel empleo desde hacía dos meses, pero ya conocía a la clientela. Encontraba agradable aquel trabajo. No ganaba un buen sueldo, pero sí lo bastante para pagar la pensión de la señora Mac Cargle, y para remitir puntualmente los plazos de aquel curso por correspondencia: «Hágase Inventor por Poco Dinero».

La maravillosa joven se acercó otra vez.

—Mi reloj se paró, ¿me puede decir la hora que es?

—Sí, ahora mismo. —Charlie miró instintivamente la muñeca, pero él tampoco tenía el reloj allí—. Caramba, no se lo puedo decir. Pero yo termino dentro de media hora.

—¿Cómo?

—Si le parece, me espera aquí y nos marcharemos juntos para ver la hora que es.

La joven estaba confusa.

—Oiga, ¿es un chiste?

—No, es un intento para salir con usted.

—Oiga, no he venido aquí para salir con usted.

—No, ya lo supongo. Vino para comer unas salchichas.

—Eso es.

—¿Se las pongo con mostaza o sin ella?

—Pero ¿qué está diciendo? Yo no quiero las salchichas. ¡Guárdese las para su tía!

—Es usted muy amable. Ella se lo agradecerá mucho.

La joven fue a decir algo, pero dio media vuelta y se fue hacia el lugar donde estaba anteriormente.

Dos hombres ocuparon su lugar ante Charlie, Joe y Vince.

Los dos se quedaron inmóviles, observando con admiración a Charlie, especialmente la placa que tenía sobre el pecho y en la que se leía: «K7».

—Demonios, Joe —dijo Vince—. Se ha puesto la credencial en el pecho. Sí que es un tipo valiente...

Charlie frisaba en los veintisiete años de edad y era alto, cara de facciones alargadas, pelo cortado a cepillo.

Se sopló en la placa y la limpió con la manga.

—¿Qué les sirvo, muchachos?

Vince miró las salchichas de Frankfurt.

—Yo uno de éstos... Pero que sea doble...

—Claro, usted tiene un corpachón que da miedo.

—Vaya, le doy miedo, ¿eh?

—Demonios, no me gustaría encontrármelo en una esquina durante una noche de tormenta —rió Charlie de buen humor.

Joe pegó con el codo a Vince en el costado.

—No hemos venido aquí a comer salchichas de Frankfurt.

—Oh, no, claro. Ya lo había olvidado. Y eso prueba que el chico es de los que arman el lío enseguida.

Charlie no se había detenido y estaba sirviendo el sandwich doble.

—Aquí tiene su ración de diplodocus, grandullón.

—No lo quiero.

—¿Por qué no?

—No me gusta.

—Están muy buenas las salchichas.

—No las quiero.

—¿Quiere que le diga algo en confianza?

—Eso es lo que queremos, que nos hable en confianza —sonrió Vince.

Charlie se inclinó sobre el mostrador.

No son de Frankfurt.

—¿Cómo?

—Que las salchichas no son de Frankfurt, se lo aseguro yo. Están hechas aquí, en Nueva York.

Vince se quedó con la boca abierta.

—¿Has oído, Joe? Dan gato por liebre.

Charlie sacudió la cabeza en sentido negativo.

—No, señor, no debió decir eso. Las salchichas no son de gato ni de liebre. La materia prima es decente, y para que se convenza, se lo voy a demostrar.

Pegó un mordisco al bocadillo de salchichas de Frankfurt.

—¡Ya basta! —gritó Joe.

—Se quedó convencido, ¿eh? Ahora mismo le sirvo el suyo, amigo. ¿Doble también?

—Nada de doble.

—¿Simple?

—Nada de simple.

—No me diga que le ponga las salchichas en la mano...

—Me va a poner en la mano otra cosa.

—La mostaza.

Vince habló al oído de Joe:

—La mostaza debe ser el secreto, Joe... Déjame a mí —extendió el brazo con la palma de la mano hacia arriba—. La mostaza.

Charlie se encogió de hombros y dijo:

—Como usted quiera.

Cogió una cuchara, la metió en el tarro de la mostaza y plantó una cucharada en la palma de Vince. Éste se quedó como un tótem. Fue tal su acceso de furia que cerró la mano y la mostaza se le escurrió por los dedos.

—Yo no quiero mostaza.

—Pero usted la pidió.

La hermosa joven se plantó otra vez delante del mostrador, entre Vince y Joe.

—¿Alguno de ustedes tiene hora?

Charlie intervino:

—Díganle la hora que es. La chica lo está necesitando.

Vince rugió:

—¿Qué nos importa a nosotros la hora?

—A usted no le importará nada, pero a la señorita le importa mucho y no tiene derecho a negarle la hora. ¿No estuvo con los *boy-scouts*?

—Sí, claro.

—¿No le enseñaron a pasar a una viejecita de una acera a otra?

—Me parece que sí —dijo Vince, más confuso cada vez.

—¡Basta! —intervino Joe.

—Eh, usted, no grite —le chilló Charlie—. La señorita no es sorda.

La joven medió:

—¡No, no soy sorda!

—Perdónele, señorita —dijo Charlie—. Seguramente el caballero tiene una mujer que es sorda, y está acostumbrado a hablar a gritos. ¿No es verdad, caballero?

—Mi mujer no es sorda.

—Pero debe sufrir de algo. De epilepsia, o quizá es coja.

—¡No sufre de nada porque no tengo mujer!... Oiga, K7, ya me está cansando. Se lo advierto. No se le ocurra otra triquiñuela, o aquí va a pasar algo sonado. En aquel momento llegó un hombre de mediana estatura, con gafas de carey. —Perdona que me haya demorado, Dorothy— miró a los hombres que estaban al lado de ella. —¿Son tus amigos?

La joven pegó una patadita en el suelo.

—No, no son mis amigos. Sólo les estaba preguntando la hora...

Charlie dejó oír su voz:

—Eso es verdad, amigo. La muchacha se pasó aquí mucho rato, y no hay derecho a que plante a una chica tan mona como ella.

Joe hizo rechinar los dientes.

—Oiga, K7.

—¿Hace unas salchichas de Frankfurt?

—Váyase al infierno con las salchichas... Lo que queremos es otra cosa.

—Entonces, pasen al interior del negocio... Yo sólo sirvo salchichas.

Vince se llevó la mano a la axila.

—Esto lo arreglo yo ahora mismo, Joe.

Sin embargo, Joe le puso una mano en el brazo, deteniéndole.

—No, Vince —tragó saliva—. Todavía no.

La joven había abierto el bolso y sacó un anillo.

—Aquí lo tienes, Tom Runyon.

—Pero, Dorothy, ¿qué significa esto?

—Yo le lo diré. Significa que he roto nuestro compromiso... Que ya no me casaré contigo.

—¡Oh, no!

—Oh, sí.

—Dorothy, tú no me puedes hacer esto.

Charlie intervino:

—¿Por qué no lo puede hacer? ¡Ciato que lo puede hacer!
Vivimos en un país libre.

—Eh, ¿usted por qué se mete?

—Porque no me gusta que coaccionen a nadie. —Charlie señaló a Joe y a Vince—. Seguro que a ellos tampoco les gusta que se coaccione a nadie, ¿verdad?

Joe y Vince se apresuraron a mover la cabeza de arriba abajo.

—¡Ella es mi novia! —gritó Tom Runyon.

—Era —dijo Dorothy.

Charlie apuntó a Tom Runyon con el dedo.

—¿Lo ha oído? Era, lo cual quiere decir que eso pertenece al pasado y que, por lo tanto, nunca lo volverá a ser.

—Eh, ¿por qué, para variar, no vende salchichas de Frankfurt, que es su obligación?

—¿Cuántos sandwiches quiere?

—Dos.

Pues tendrá que comerse usted los dos, porque la señorita no quiere salchichas de Frankfurt. Lo dijo ella antes...

Joe estaba exasperado. Tocó en el pecho de Tom Runyon con el dedo.

—Oiga, no le consiento que arme aquí escándalo. ¿No sabe que es un local público? —¡Yo no he armado ningún escándalo! ¡Son ustedes los que se han metido en mi vida privada!

—Vaya, ésas tenemos, ¿eh? ¿Quiere que le rompa las narices?

—No me gusta la fuerza bruta.

—¿De veras?

—Soy un intelectual.

—Sí, eso me pareció. Pero le voy a hacer tragar las gafas.

—No le hable así —dijo Dorothy, y pegó una patada en la espinilla de Joe, el cual se puso a danzar a la pala coja—. ¡Yo soy la única que debe arreglar esto!

Ocupó el lugar de Joe, enfrentándose con Tom Runyon.

—Me has mentado, Tom.

—¿Yo?

—Sí, tú, con tu aspecto de mosquita muerta... Hay una pelirroja

en tu vida.

—Verás, yo te contaré...

—¡No me vas a contar nada! ¡Sé que vas a verla los martes y los jueves!

—Te prometo que acabaré con ella.

—No, no hace falta que lo hagas, porque yo ya acabé contigo.

Charlie sacudió el dedo.

—¿Ve lo que le pasa por ser pillín? Ha perdido la rubia, y apuesto a que ella está mejor que la pelirroja. ¿O no lo está?

—Sí, señor. Dorothy es mucho mejor —contesto Tom Runyon, haciendo una mueca compungida—. Pero yo... quiero que me dé una nueva oportunidad...

—Se acabaron las oportunidades —repuso Dorothy.

—Bien dicho, Dorothy —asintió Charlie.

Vince atrapó por el brazo a Joe, y lo separó del mostrador y de la pareja que discutían.

—Eh, Joe, ¿no te huele esto a cuerno quemado?

—¿Quieres decir que están confabulados?

—Sí.

—Eso mismo, creo yo.

—Probablemente, ella y Tom Runyon están de acuerdo con Charlie. Ellos saben que íbamos a venir, y nos la quieren dar con queso. —Creo que, por primera vez, se te ocurrió algo.

—Te dije que me deberías dar tiempo para pensar. —Muy bien, Vince. Esto lo acabo yo en un momento.

Tom Runyon decía:

—Dorothy, cuando he estado a tu lado me he creído en el paraíso.

En ese momento un puño chocó contra su cara.

Tom Runyon salió disparado, chocó contra el mostrador, dio media vuelta y cayó por el otro lado, arrollando la fuente que contenía las salchichas de Frankfurt.

Dorothy lanzó un grito:

—Eh, usted no tiene derecho a pegarle a Tom. Yo soy la única perjudicada —y así diciendo pegó un tremendo puñetazo en la cara de Joe.

Charlie había querido salvar la fuente de la mostaza y la había cogido con las dos manos, alargándola por encima del mostrador.

El resultado fue que Joe hundió la cabeza en la fuente Jo la mostaza.

Charlie se agachó sobre él y dijo:

—Eh, amigo, que esto no es una piscina... Deje de zambullirse.

Joe asomó la cabeza tambaleándose, lleno de mostaza hasta el cuello, cayéndole a chorretones por el pecho, los brazos, las piernas...

—¿Dónde estás, Vince?

—Aquí, Joe.

—¡Cárgate a K7!... ¡No, no te lo cargues! ¡Es cosa mía...!

Joe se revolvió con tuerza y pegó un salto para atrapar a Charlie por el cuello, pero éste todavía conservaba la fuente de mostaza en la mano y se la dejó caer boca abajo en la cabeza.

Joe, con aquel extraño sombrero, se tambaleó y cayó sobre sus nalgas.

Vince ya no esperó más. Sacó su pistola.

—Ahora soy yo quien entra en juego.

Dorothy vio el arma y no se estuvo quieta. Pegó un bolsazo en la mano de Vince, el cual perdió la pistola.

Algunos clientes se estaban acercando al lugar de la pelea, y también se habían puesto en marcha algunos empleados.

Vince atrapó su arma y la escondió muy aprisa. Tomó a su amigo Joe del brazo y le ayudó a levantarse.

Un hombre estaba llamando por teléfono desde un rincón:

—¡Policía!... ¡Policía!

Joe gritó:

—¡Vámonos de aquí, Vince!

Los dos hombres echaron a correr y desaparecieron en la calle.

Charlie sonrió a la joven.

—Gracias, me salvó la vida, Dorothy.

La joven estaba todavía furiosa.

—Oiga, ¿por qué no se busca otros amigos?

—No eran mis amigos. Era la primera vez que les veía... ¿Sabe que tiene unos ojos maravillosos, Dorothy?

—¿Se le ocurre eso ahora?

—No. Se me ocurrió hace un rato, pero había tanto jaleo que no me dio tiempo para decírselo.

Tom Runyon se levantó poco a poco. Tenía entre los dientes una

salchicha de Frankfurt y la escupió. —Dorothy...— dijo.

Charlie le puso una mano en la cabeza y le empujó hacia abajo, sumergiéndole entre las salchichas. Luego dijo con toda tranquilidad:

Sus labios son como fresas, Dorothy.

Una voz tronó al lado de Charlie:

—¡Quedas despedido, Charlie!

El que acababa de hablar era Slim Marlow, el dueño de la cafetería Kansas, un tipo rechoncho.

—Pero, señor Marlow...

—¿No has visto el jaleo que has armado?

—No fue culpa mía... Fue un hombre que sacó una pistola.

—Te dije, cuando llegaste, que la casa no se hacía responsable de los problemas de sus empleados, y que cada uno solucionase los suyos.

—Yo soluciono los míos, señor Marlow, pero pasa una cosa. Que el problema no era mío.

—¿No, eh? ¿Y quién me va a pagar las salchichas de Frankfurt? ¿Quién me va a pagar la mostaza? ¿Quién...?

Fue interrumpido por Dorothy:

—¡Usted es un negrero y trata a sus empleados como si fuesen esclavos!

—¿Qué? ¿Cómo? —exclamó Slim Marlow.

—No tiene derecho a hablar así a este hombre, porque él no fue el culpable de lo que pasó.

—Oiga, señorita, no sé la relación que le une a Charlie, pero no me interesa oírla.

—Claro. Sólo le interesa su cochino dinero.

Marlow se volvió otra vez hacia Charlie.

—Charlie.

Charlie no le hacía ningún caso. Estaba mirando entusiasmado a la joven.

—¡Charlie! —le gritó de nuevo Marlow—. ¡Quedas despedido!

—Sí, señor —contestó Charlie, como si le estuviesen dando un premio, fija la mirada en el rostro de Dorothy.

—Quiero que te vayas ahora mismo.

—Sí, señor Marlow.

La joven respiró profundamente.

—No se rebela contra él, ¿eh? ¡También es usted una hormiga!

Dio media vuelta y salió del establecimiento.

—¡Eh, Dorothy, espere! —gritó Charlie.

Se quitó el puntiagudo gorro que puso en la cabeza de Slim Marlow, y cuando éste fue a protestar, lo cubrió con el mandil.

Luego Charlie abrió un armario, sacó una chaqueta y saltó por encima del mostrador, echando a correr.

—¡Dorothy!... ¡Espere!

Poco después alcanzaba a Dorothy en la calle.

Tomó a la joven por el brazo y ella se detuvo.

—¿Qué quiere, Charlie?

—Acompañarla un rato.

—¿Por qué?

—Verá. —Charlie, titubeó unos momentos—. Quiero que me explique la forma de rebelarme contra mi patrón cuando me despiden injustamente.

Dorothy se echó a reír, y Charlie dijo:

—Celebro que lo encuentres gracioso, Dorothy.

—No me río de eso.

—¿Por qué entonces?

—Por tu placa.

Charlie se quitó la placa de la camisa y la metió en el bolsillo de la chaqueta.

—Bueno, ya está. Soy un ciudadano cualquiera. ¿Me permites que te invite, Dorothy?

—Te diré un secreto, Charlie. Cuando llegué a la cafetería te dije que no quería tus salchichas de Frankfurt porque no tenía apetito. Pues bien, ahora tengo un hambre canina.

—Conozco un restaurante que está cerca de aquí y que sirven unos filetes de tres pisos.

Cogió a Dorothy del brazo y los dos echaron a andar por la acera.

CAPÍTULO III

Poco después, se encontraban sentados ante una mesa del restaurante húngaro Janos.

—¿A qué te dedicas, Dorothy? —preguntó Charlie.

—Trabajo en una editorial.

—No me digas que escribes libros.

—No, no escribo. Soy correctora.

—¿Tú corriges libros?

—Sí, pero eso no quiero decir que sepa hacer una novela.

—Demonios, eres más inteligente que un novelista.

—Te agradezco que pienses así, pero son dos cosas distintas, y creo que es mucho más importante escribir una novela que corregirla. Para escribirla se necesita poseer una capacidad especial, una capacidad que nace con la persona.

—Eh, a ti se te ve una persona muy capaz.

Un hombre de unos sesenta años se acercó.

—¿Cómo está, papá Janos? —saludó Charlie.

—Muy bien, Charlie... A ti no hace falta que te presume. Tienes un nuevo brillo en los ojos.

—Será la compañía... Ella es Dorothy... Dorothy, te presento a papá Janos, el mejor cocinero que Hungría pudo enviar a los Estados Unidos.

Papá Janos hizo una reverencia.

—Señorita, todos los amigos de Charlie son amigos míos.

—Eso lo vas a probar enseguida —repuso Charlie—. Queremos dos filetes no muy hechos, como tú ya sabes.

—¿Salsa picante?

—Para mí, sí —dijo Dorothy.

—Para mí doble ración —repuso Charlie.

Papá Janos hizo una nueva inclinación y se marchó hacia la cocina.

Charlie preguntó:

—¿Dónde conociste a Tom Runyon, Dorothy?

—Es un escritor. Y le conocí en la editorial en que trabajo.

—Ya lo suponía. ¿Y qué escribe?

—Ensayos políticos sobre los países árabes.

—Claro, y por eso se contagió y quiso tener seis mujeres.

—Es posible —rió Dorothy.

—¿Te he dicho que tu risa es maravillosa?

—No. Sólo te habías metido con mis ojos y con mis labios.

—Pues ya está dicho, y si me permites, me seguiré metiendo con otras cosas. —Charlie bajó la mirada por la figura de Dorothy.

—No hagas eso o lanzo un SOS. Dime, Charlie, ¿quiénes eran esos dos hombres de la cafetería?

—No lo sé.

¿Cómo que no lo sabes? Uno de ellos sacó una pistola.

—Sí, sacó una pistola porque perdió la paciencia.

—Eran unos clientes muy extraños, ¿no te parece?

—Se llegaron allí y no querían mis salchichas. Entre paréntesis, demostraron un buen gusto. Tampoco a mí me gustan. Me refiero a las de la cafetería Kansas.

—Eso me recuerda que estás despedido... ¿Qué vas a hacer ahora, Charlie?

—Buscaré otro empleo.

—¿Dónde?

—En los diarios.

—Sí, conozco el sistema... ¿Qué hiciste antes, Charlie?

—He trabajado en una gasolinera, en un almacén, en un cine como acomodador y en seis lugares más Pero siempre la armo.

—¿Cómo hoy?

—Sí, algo parecido.

—¿Por qué?

—No lo sé. Seguramente debe ser por Cáncer, ya sabes, mi horóscopo... El día que yo nací, el 24 de junio de 1940, fue un día triste para Francia. El ejército alemán avanzaba victorioso. Mi madre se tuvo que refugiar en un sótano durante un bombardeo. Yo vine al mundo antes de hora y antes de mes, cuando los alemanes

asaltaron el sótano entre balazos, aullidos de muerte...

—Pobrecillo.

Charlie, aprovechando la actitud maternal de Dorothy, cogió una de las manos de la joven y la apretó entre las suyas.

—Sufrí mucho —dijo—. De buena gana me hubiese cargado a uno de aquellos soldados enemigos, pero no tuve un arma que llevarme a la boca...

—¿Tuviste padre?... Oh, perdón, quise decir: ¿quién fue tu padre?

—Era americano. Luchó en el ejército francés y murió en los primeros días de la invasión de Francia.

—¿Qué pasó luego?

—Mi madre logró pasar conmigo a Inglaterra, y poco después logró llegar a Estados Unidos. Pero ella no pudo hacer frente a tantos sinsabores y murió.

—¿Qué fue de ti, Charlie?

—Fui a parar a un orfelinato... Bueno, es mejor que no continúe. Soy un hombre alegre, y sólo me gustan las noticias optimistas. Háblame de ti. Lo prefiero.

—Soy una muchacha vulgar, con un pasado vulgar... Nací en un pueblecito de Wisconsin. Mi padre es agente de bienes raíces, y mi madre preside la Asociación Americana de Buenas Costumbres... Nadie intentó raptarme de pequeña. Mi vida transcurrió monótona y feliz. Estudié en la escuela primaria y, más tarde, pasé a la Universidad...

—Apuesto a que llevaste locos a los universitarios.

—Bueno, no creo que fuese tanto, pero tuve algunos admiradores.

—Si yo hubiese estado allí, sólo habrías tenido uno.

—¿Cómo?

—Los habría desbancado a todos.

Dorothy sonrió.

—Charlie, creo que vas demasiado aprisa.

—No todo lo que yo quisiera. Te lo aseguro. Estábamos en la Universidad. Continúa. —Ya no pasó nada de particular... Me gradué y ésta es la primera colocación que tengo. Fui recomendada por uno de mis profesores... Bueno, al poco tiempo de estar en la editorial, surgió Tom Runyon... Y luego apareciste tú.

—Eso es lo mejor de la historia.

Papá Janos llegó con los filetes.

—Espero que Te guste, Dorothy.

La joven se sirvió un poco de salsa picante de una fuentecilla, y Charlie regó el filete con tres grandes cucharadas.

Dorothy llevó un trozo de carne a los labios y al probarlo lanzó un grito.

—¡Tengo fuego en la boca!

—Es la salsa.

—Ya lo supongo. ¿De qué está hecha, Charlie?

—De algunas especias que sólo conoce Papá Janos.

—Pues debió olvidarse de la fórmula.

—Bebe un poco de vino y le sacarás el sabor.

Dorothy bebió un trago de vino, como Charlie le aconsejaba, y se abanicó la boca con la mano.

—Caramba, creí que había llegado mi última hora.

En eso oyeron una voz:

—Es posible que acierte y que haya llegado la última hora de alguien.

Dorothy vio, asombrada, que se trataba de aquel hombre llamado Joe, y a su lado estaba el otro tipo, el que había sacado la pistola, Vince.

—Ah, hola —dijo Charlie—. No creí que le vería tan pronto, Joe.

—Ya imagino que no.

—Sí, pensé que habría ido a ducharse a su casa, para quitarse la mostaza.

—Me la quité con un pañuelo.

—Si viene a devolverme la mostaza, se molestó demasiado. Se la regalé toda.

—Muy gracioso. Pero espere mi respuesta —dijo Joe, y quiso poner las dos manos en la mesa para dar énfasis a sus palabras y metió la derecha en la fuentecilla de salsa picante.

Al verse con la mano llena de aquella salsa de color marrón, se llevó instintivamente un dedo a la boca.

—¡Vince! —gritó, mientras congestionaba el rostro.

—¿Qué pasa, Joe?

Joe se señaló la boca y Vince añadió:

—¡Ya sé!... ¡Te has envenenado!

Joe pudo gritar:

—¡Llama a los bomberos!

—¿Dónde es el fuego?

—En mi estómago, estúpido...

Charlie, muy servicial, le alargó la copa de vino.

Beba un trago y verá como se le pasa.

Joe bebió el trago y respiró hondamente. Luego miró aterrorizado su mano manchada de salsa y se limpió muy aprisa con una servilleta.

—Oiga, K7 Charlie, ya ha terminado de pegárnosla. Charlie le apuntó con un dedo.

—Joe, quiero decirle algo muy aprisa.

—Dígalo antes de que le haga tragar las palabras.

—Entonces, me callo.

—Es lo que le conviene —sonrió jactancioso Joe. Dorothy pegó un puñetazo en la mesa.

—Oiga, Joe, o como quiera que se llame, me está hartando con sus bravuconadas.

—Nena, tú te callas.

—No me da la gana de callarme.

—Claro que vas a cerrar el pico o te lo cierro yo. —Eh, un momento— intervino Charlie. —¡No consiento que le levante la voz a Dorothy!

Joe trató de serenarse al ver que algunos comensales volvían la cabeza hacia aquel lugar.

—Siéntate, Vince —terminó por decir.

Los dos se sentaron y Charlie dijo:

—¿Quién les ha invitado a sentarse con nosotros?

Joe le enseñó los dientes, en una mueca que debía ser una sonrisa.

—Oiga, K7, Vince y yo le admiramos.

—¿De veras?

—Sabemos que es el mejor en su profesión.

—No sabía que mi nombre hubiese llegado tan lejos vendiendo salchichas de Frankfurt.

Joe pegó con el codo en el costado de Vince.

—¿Verdad que tiene gracia, muchacho?

Vince soltó la carcajada.

—Claro que tiene gracia. Muchísima. Me voy a mondar...

—Eh, ¿qué es lo que pasa aquí? —dijo Charlie.

—Le voy a mostrar mi juego, K7 —contestó Joe.

—No es el mejor momento para jugar al póquer.

—¿Quién habló de jugar al póquer?

—Estupendo. Si no jugamos al póquer, les propongo una cosa...

Jugaremos a la canasta, pero no aquí, sino mañana, en mi apartamento...

Vince rezongó:

—Eh, Joe, otra vez nos la quiere pegar.

—No, Vince, esta vez no se la va a pegar a nadie... Fuera máscaras, K7... Sabemos perfectamente la relación que le unía con Gilbert Laffont.

—¿Ha dicho Gilbert Laffont?

—Ese nombre he dicho.

—¿Cómo está él?

Vince contestó, antes de que lo hiciese Joe:

—Muy mal.

—Demonios, ¿qué le pasa? —exclamó Charlie.

—Una indigestión.

Joe se dirigió a Vince.

—Muchacho, yo soy el que lleva la voz cantante. Corre la cremallera.

—Sí, Joe. No te enfades.

Joe volvió a clavar sus ojos en el rostro de Charlie.

—Quiero hacerle una proposición, K7.

—Entiendo —sonrió Charlie a Dorothy—. El bueno de Joe se ha dado cuenta de que me despidieron de la cafetería por su culpa, y ha venido a ofrecerme un nuevo empleo. ¿Lo ves, Dorothy? No es tan fiero el león como lo pintan...

—Fue una buena ocurrencia, K7 —repuso Joe—. Y la proposición que le traigo podría considerarse así. Quiero que, a partir de ahora, trabaje para nosotros.

—Eso dependerá de la paga.

—Quinientos dólares.

—¿Has oído, Dorothy? ¡Me van a pagar quinientos dólares! ¿No es para echarse a llorar?

Joe interpretó mal las palabras de Charlie y dijo:

—Un momento, K7. Conocemos su prontuario... De modo que no tiene que burlarse de mi oferta. Se trata de quinientos dólares semanales.

Los ojos de Charlie bailaron en sus órbitas.

—Dorothy, si son quinientos a la semana, ¿cuántos son en un año?

—Veinticuatro mil.

—¡Soy rico, Dorothy!... ¿Quieres casarte conmigo?

—¿No crees que deberías pensarlo un poco antes, Charlie?

Charlie volvió a coger una mano de Dorothy entre las suyas.

—Nena, por mucho que busque en el mundo, nunca podré encontrar una mujer como tú, tan guapa y además correctora. Desde ahora sólo quiero que me corrijas a mí.

Se inclinó sobre la joven y, tirando de ella, la besó en la boca.

Dorothy se apartó.

—Eh, Charlie, que nos están mirando.

—Eso es lo que quiero. Que nos vean, que sepan quién soy: un tipo que va a ganar quinientos dólares a la semana. —Se detuvo de pronto—. Demonios, ¿en qué voy a ganar yo quinientos dólares a la semana?

Volvió a ocupar otra vez su silla y preguntó muy serio a Joe:

—¿Qué es lo que tengo que hacer?

—¿Qué supone, K7?

—Un negocio sucio, ¿eh?

—Yo no lo llamaría así.

—¿Cómo lo llama usted?

—Un cambio de bando. Ya sabe, es una cuestión de bolsillo. Quien paga más, se lleva el gato al agua.

—¿Qué gato?

—Es lo que se dice... Es como si dijese: «A caballo regalado no le mires el diente».

No necesito ningún caballo. De modo que no me venga ahora con cuentos. Usted habló de quinientos dólares.

Vince gimió:

—Joe, creo que otra vez te está liando.

Joe atrapó a Charlie por la solapa.

—Oiga, K7. He tratado de lograr su colaboración por las buenas, Pero si usted quiere pelea, la va a tener. Y le aseguro que, por muy

grande que sea usted, lo dejaremos como a su amigo Gilbert Laffont.

—Con indigestión, ¿eh?

—Sí, y yo voy a agregar algo que me faltó. Su amigo Gilbert sufrió una indigestión de plomo... En lugar de tragarlo por la boca, lo tragó por la espina dorsal.

—No comprendo nada.

—¡Yo sí, Charlie! —dijo Dorothy—. Ya sé lo que son Joe y Vince... ¡Dos asesinos!

CAPÍTULO IV

Charlie arrugó el ceño.

—¿Dos asesinos? No es posible.

Joe y Vince no decían nada. Estaban en silencio, observándolo con un gesto muy duro.

La nuez de Charlie bailó en la garganta.

—Entonces, ¿es verdad?

—Ya basta de representar, K7 —dijo Joe—. Sabemos que eres el tipo con más agallas que hay en Francia, pero esta vez no te vale, porque nosotros somos los dos tipos con más agallas que hay en USA.

—Si son tan agalludos, ¿por qué no se arrojan al Océano?

—Fuera chistes.

—Muy bien. Vamos a hablar como hombres y no como ranas.

—Queremos el secreto de Gilbert Laffont.

—¿Qué secreto?

—No te hagas de nuevas... Te estoy hablando del secreto que te dio Gilbert. —Oh, sí, el secreto de Gilbert— dijo Charlie, y se puso a tabalear nerviosamente con los dedos en la mesa.

Dorothy empezó a levantarse.

—Perdonen, pero he de ir al tocador.

—Nada de eso, nena, y si quieres tocador, aquí estoy yo —dijo Vince, con una sonrisa, poniéndole una mano sobre la cadera.

Dorothy le pegó un zarpazo y Vince la obligó a sentarse.

—¡No consentiré que maltraten a Dorothy! —exclamó Charlie.

Joe asomó el hocico de una pistola por la solapa de la chaqueta.

—¿Decías algo, K7?

—Nada. No decía nada.

—El secreto de Gilbert.

—Vaya, os lo voy a tener que dar. Es una receta para hacer pastelillos.

—¿De qué estás hablando?

—De la receta que me dio Gilbert. Se llama pastelillos Portland.

—Seguro que se hacen con cemento —sugirió Vince.

—Cállate, estúpido —le reconvino Joe—. Ahora estamos hablando en serio... Charlie, las cosas están muy mal para ti. Se nos está agotando la paciencia. Fue muy ingenioso eso de los pastelillos, pero no tenemos tiempo que perder, porque ya lo perdimos bastante con tu amigo Gilbert. También él se sintió reacio a colaborar, y debiste ver la cara que le pusimos antes de recetarle las píldoras de plomo.

—Pura pulpa.

Charlie se tocó la cara.

—Charlie —dijo Dorothy.

—¿Sí, cariño?

—No consientas que estos hombres te conviertan en un gusano...

—Es lo que trato de impedir, aunque supongo que de mi cuerpo saldría más de uno.

—No me entendiste. Te están humillando.

Joe sacó el cañón de la pistola.

—Dorothy, échale una ojeada al Consejero Sentimental que traje conmigo, y te convencerás de que es mejor la colaboración que la defunción.

—La colaboración —se apresuró a decir Dorothy, al ver el cañón.

—Otro cerebro inteligente —sonrió Joe—. Charlie, ya que están así las cosas, te voy a decir algo. Si a la de tres no me has dado el secreto de Gilbert, estropearemos la cara de tu chica.

—Pero ella no tiene la culpa de nada.

—Me importa un rábano que la tenga o no. Lo dicho. Tres segundos más y se acabó la belleza.

Dorothy se había puesto pálida.

Charlie hizo un gallo con la voz:

—No dispaes, Joe. Te daré el secreto.

—Muy bien. Sácalo.

—No lo tengo aquí.

—Ya lo suponía.

—Lo dejé en la cafetería Kansas. Está escondido. No habrás imaginado que iba a ir por la calle llevando encima un secreto tan importante.

—Sí, eso parece razonable.

—Muy bien. Volvamos a la cafetería Kansas.

Charlie se levantó y fue a llevar la mano al bolsillo.

—Alto, ¿qué vas a hacer?

—Pagar lo que no comimos.

—No te preocupes, pagaré yo.

—Muy amable, Joe.

—No quiero que pongas en práctica uno de tus trucos. Te dije que conozco tu prontuario. Leí que en Estambul sacaste una moneda y te pusiste a disparar con ella, matando a no menos de seis chinos. No me gustan esos instrumentos que inventan los laboratorios del Servicio de Espionaje... Vince, encárgate de ella.

Vince tomó a la joven del brazo.

Papá Janos se acercó a la mesa.

—¿Ya se marchan?

—Sí —contestó Joe.

—Pero si no han comido los filetes.

Charlie trató de sentarse.

—Es cierto. No podemos hacerle un feo a papá Janos.

Pero Joe lo sostuvo por la axila y le sonrió de dientes afuera.

—Ya perdiste el apetito, Charlie. Dile al camarero que volverás otro día para comer esa salsa volcánica —así diciendo, empujó a Charlie y éste no tuvo más remedio que despedirse del húngaro.

Una vez en la calle, se pusieron en camino de la cafetería Kansas.

Charlie se mordisqueaba el labio inferior pensando de qué turma saldría de aquel apuro, y ya no pensaba en sí mismo, sino en Dorothy.

Pronto llegaron a la cafetería Kansas.

—¿Dónde está el secreto? —preguntó Joe.

—En la cocina.

—No me digas que lo echaste al fuego.

—No, señor.

—¿Dónde fue entonces? —En la harina.

—¿Por qué en la harina?

—La harina está por sacos, y metí el secreto en un saco. Con la harina hacen muchas cosas en la cocina de la cafetería.

—Maldita sea. Pueden haberlo destruido.

—Tomé mis precauciones. Coloqué el secreto de Gilbert en un saco que todavía no han tocado.

—Vamos adentro.

Se introdujeron en el local.

—Hola, Bill —saludó Charlie al empleado que ocupaba su lugar ante el mostrador, donde se expendían las salchichas.

—¿Quieres un sandwich, Charlie?

—Justamente te lo iba a pedir. Con mucha mostaza.

Pero Joe no dejó que Charlie se acercase al mostrador porque le dio un tirón del brazo.

—Se acabaron las salchichas, Charlie.

Pasaron por una puerta que conducía a la cocina y casi se dieron de bruces con Slim Marlow, el dueño de la cafetería.

—Eh, ¿qué haces aquí, Charlie?

—Ya lo ve. Le echaba tanto de menos que decidí volver.

—Te despedí para no verte más.

—¿Qué dices a eso, Joe? —dijo Charlie.

Joe sacó la pistola y la puso delante de la cara de Marlow. Éste agrandó los ojos.

—¡Dios mío! —dijo y se desmayó.

Había una mujer y dos hombres trabajando en la cocina.

Los tres vieron al hombre de la pistola y guardaron silencio sin atreverse a rechistar. —¿Dónde están los sacos, Charlie?— preguntó Joe.

—Al fondo.

—Eh, vosotros, cocineros, al suelo.

La mujer y los dos hombres se arrojaron al suelo sin necesidad de que les repitieran la orden.

Luego, Joe y Vince y sus dos prisioneros pudieron llegar hasta el fondo de la cocina, en donde se apilaban media docena de sacos que contenían harina.

—¿En cuál de los sacos guardaste el secreto? —inquirió Joe.

—En el último.

—¿Por qué en el último?

—Porque pensé que era el que más duraría.

Sí, es razonable. Vince saca el cuchillo y raja ese saco...

Vince exhibió una navaja de resorte con una hoja de acero de gran tamaño, que brilló como la plata.

Hizo un sesgo en el iré, y clavó el acero en el saco de harina.

—Demonios, es como si la hubiese metido en el estómago de alguien.

Dio un tirón suave y la hoja fue rasgando la tela del saco. La harina, blanca como la nieve, se desparramó.

—Eh, Joe, ¿cómo vamos a buscar el secreto?

—De eso se va a encargar el propio Charlie. ¿Verdad, muchacho?

—De mil amores.

—Pero no tardes mucho.

Charlie se puso de cuclillas y metió la mano en la gran abertura del saco.

Vince estaba a su lado, también en cuclillas.

Charlie arrojó un puñado de harina a la cara de Vince y éste cayó hacia atrás, cegado.

Charlie, dándose mucha rapidez, arrojó otro puñado de harina a la cara de Joe, al tiempo que saltaba como impulsado por muelles metálicos.

Vince soltó un grito inhumano. Al rodar por el suelo se había clavado el cuchillo en el vientre.

Charlie golpeó en la muñeca de Joe, el cual no perdió el arma, pero sí el equilibrio, y se derrumbó sobre su compañero. Eso contribuyó a que Vince terminase de clavarle el cuchillo hasta el mango.

Charlie ya había cogido a Dorothy de la mano.

—¡A correr, nena!

En dos segundos salieron de la cocina y cruzaron el local como exhalaciones. Al llegar a la calle, Dorothy gritó:

—¡Tengo un auto!

—¿Dónde?

—Arriba, en la esquina.

Del interior de la cafetería salían gritos, chillidos Dorothy y Charlie se metieron en el auto, y Dorothy, ante el volante, lo puso en marcha enseguida. El vehículo salió disparado.

Viajaban en silencio porque la emoción de los últimos momentos había sido demasiado grande y se estaban recuperando.

—Charlie, dime que esto no ha sido un sueño.

Charlie se inclinó sobre ella y la besó en la comisura de los labios.

—¿Qué haces, Charlie?

—Yo también necesitaba cerciorarme de que no es una pesadilla.

—En serio, Charlie. ¿No sabes de qué se trata todavía?

—Estoy tan aturdido como tú.

—Trata de serenarte.

—Ya estoy sereno y me vas a llevar a la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Para contarles lo que ha pasado.

—Quiero hacerte una pregunta muy importante, Charlie...

—Dispárala.

—¿Eres un espía?

—Claro que no. ¿Por qué se te ha metido oso en la cabeza?

—No fui yo quien lo sugirió. Recuérdalo, Charlie, fue cosa de ellos.

—¿Eh?...

—Dijeron que estabas en combinación con Gilbert Laffont.

—Sí, es cierto, que dijeron eso. Pero yo no estoy en combinación con Gilbert Laffont.

—¿Quizá con otra persona?

—Con nadie, Dorothy.

—Charlie, te llamaron muchas veces K7.

—Claro, y yo sé por qué me lo llamaron. —Charlie sacó su placa y se la mostró a Dorothy—. Aquí la tienes.

—Pero Joe se refirió a que tú eres un famoso agente francés...

—Ya te he dicho cuál es mi relación con Francia. Y también que aprendí el francés muy bien. Tienes que creerme, Dorothy. No te engaño.

—Lo que hace falta es que también te crea la policía.

—¿Por qué no han de hacerlo?

—¿Qué les vas a contar, Charlie?

—Que yo les estaba vendiendo salchichas de Frankfurt y que en

eso llegaron dos fulanos, y que... —La voz de Charlie iba bajando de tono poco a poco hasta que se interrumpió—. Demonios, la verdad es que es una historia un poco extraña...

—Y mucho más extraño es lo que pasó en el restaurante de Janos, y si también les cuentas eso, ¿imaginas lo que harán, contigo?

—Llamarán a un hospital de enfermos mentales.

—Eso me temo, Charlie.

—Yo no quiero ir a parar a un manicomio... Infiernos, todo está muy embrollado... ¿cómo voy a salir de ésta?

—Yo también me lo pregunto.

—Ya tengo la respuesta —contestó Charlie triunfalmente.

—¿Cuál es?

—Me meteré en mi apartamento, me encerraré con llave y no dejaré que entre nadie.

—Siento darte esta mala noticia, Charlie, pero tal como están las cosas, no servirá.

—¿Por qué?

—Porque Joe dará contigo a pesar de todas tus precauciones. Parece que está enterado muy bien de tu vida.

—Yo diría lo contrario, que no está enterado de nada, porque me confunde con un agente francés de espionaje.

—Ése es el detalle. Tú lo acabas de decir. La confusión.

—Muy bien, la próxima vez que lo vea le diré que está completamente equivocado. —No está mal. Quizá lo convenzas. Después de todo, sólo mataste a su amigo sin querer.

Charlie dio un respingo.

—Entiendo lo que quieres decir, Dorothy. Tú piensas que, a pesar de todo, no lograré convencerlo, y que terminará por apretar el gatillo. —Ojalá me equivoque, y que Joe acepte tus explicaciones.

—¿Sabes lo que te digo, Dorothy? Que no voy a permitir que llegue ese momento para que salgas de dudas... No, Dorothy, no voy a consentir que ese hombre entre en mi habitación y me apunte otra vez con su pistola.

Dorothy arrimó el coche a la acera y frenó.

—Eh, Dorothy, ¿por qué te paras? Nuestro destino es Alaska.

—Estoy pensando.

—Estupendo. Conoces un escondite. Un amigo tuyo, uno de esos

escritores, es espeleólogo, y ha descubierto alguna cueva de cien kilómetros de profundidad.

—No hagas chistes ahora.

—De acuerdo. No los haré. ¿De qué se trata?

—De Gilbert Laffont.

—¿Es que no oíste a Joe y a Vince? Está muerto.

—Pensemos con la cabeza.

—Yo no tengo cabeza, tengo una calabaza.

—Charlie, tienes que ser una persona seria, lo has prometido. Yo veo las cosas así... Gilbert Laffont estaba al servicio del Gobierno francés, y eso quiere decir que era un espía... Logró algo, Joe y Vince trataron de sacárselo, y para eso emplearon la fuerza bruta. Gilbert Laffont tuvo una idea, la de decir que tú poseías el secreto.

—¡No es verdad!

—Sabemos que no es verdad, pero es lo que dijo.

—Sí, creo que aciertas... Menuda faena me gasto Gilbert. En cuanto lo vea, le voy...

—No podrás verlo porque está muerto.

—Oh, sí, la indigestión de plomo que tragó por la espalda.

—La única solución que tienes para librarte de Joe es conseguir el secreto de Gilbert Laffont.

—Caramba, será fácil, ¿eh?

—Tienes que ponerte en marcha, Charlie.

—Eso es lo que yo digo. Pon en marcha el automóvil, si no te gusta Alaska, cambia de dirección y nos vamos al Brasil. Dicen que allí hay hermosas playas.

—Charlie, lo que quiero es que recuerdes.

—¿Qué tengo que recordar?

—A Gilbert Laffont, él era tu amigo.

—Habló conmigo cuatro o cinco veces. ¿No te he dicho que yo sólo estaba trabajando dos meses en la cafetería Kansas?

—Bueno, si Gilbert habló cuatro o cinco veces contigo, pudieron ser suficientes para darte el secreto.

—Oh, no, no, Dorothy. No me dio nada.

—Quizá te lo dijo y tú no te diste cuenta. ¿De qué hablabais?

—De mujeres.

—¿De mujeres?

—Sí, Gilbert era aficionado a ellas, y a mí me gusta el tema...

—¿Quieres decir que tenía muchas amigas?

—Sí, por lo que decía, tenía bastantes.

—¿Te habló de alguna en particular?

—De la última, una tal Betty.

—¿Betty qué más?

—Espera que me acuerde. Betty Fireman.

—¿Sabes dónde encontrarla?

—Ahora recuerdo. Me dijo que Betty vive en el apartamento arriba del suyo.

—¿Tienes la dirección de Gilbert?

—Vivía cerca de aquí... Un día estaba demasiado mareado y tuve que acompañarle.

—Muy bien. Vamos a ir al apartamento de Gilbert.

Charlie agrandó los ojos.

—No podemos.

—¿Por qué no?

—Recuérdalo. Está muerto.

—Ya sé que está muerto, pero quizá encontremos la pista que necesitamos. En segundo término, podremos hablar con Betty.

Charlie aceptó de mala gana.

—Está bien. No hace falta que pongas el coche en marcha.

Bajaron del auto y echaron a andar.

Poco después, entraban en el edificio donde se ubicaba el apartamento de Gilbert Laffont.

Subieron la escalera y se detuvieron ante la puerta número 8.

Charlie fue a llamar, pero se detuvo con el puño a dos pulgadas de la puerta. En esa posición, dijo:

—Oye, Dorothy, ¿no sería mejor que fuésemos a Central Park?

—¿Para qué a Central Park?

—Allí es donde van las parejas de novios para arrullarse. Conozco un sitio estupendo.

—Charlie, llama ahí.

—Sí, señor... digo, sí, señora.

Charlie golpeó con los nudillos en la puerta.

Esperaron unos segundos y no obtuvieron respuesta. Charlie tomó a la joven por el brazo.

—¿Estás ya convencida? No hay nadie. Vamos a Central Park...

Dorothy se resistió a moverse de allí, alargó una mano e hizo

girar el tirador. La puerta chirrió al abrirse.

—Está abierto, Charlie.

Así diciendo, lo empujó y Charlie penetró por el hueco dando trompicones.

No fue muy lejos. Se detuvo al ver el cuerpo que estaba tendido en el suelo.

Fue a gritar, y su grito fue ahogado por el golpe de la puerta al cerrarse.

—¿Dorothy, estás ahí? —dijo encogiendo el cuello.

—Sí, aquí estoy.

—¿Ves un cadáver como yo?

—Sí.

—Disculpa, pero no te puedo presentar a Laffont... Está muerto...

La joven echó a andar y se detuvo ante Gilbert. Entonces agrandó los ojos y dijo:

—Sí, Charlie, es un cadáver... Anda, regístralo.

—Ni hablar.

—Gilbert ya no te puede hacer nada.

—Eso es lo que tú crees. No me fío de los muertos.

Dorothy dio un suspiro y ella misma se puso a registrar a Gilbert Laffont.

—Dorothy —dijo Charlie—. Mientras tú trabajas aquí, yo iré a hablar con Betty.

—Me parece muy bien.

Charlie echó a correr y salió del apartamento.

Subió otro tramo de escalera y llamó a la puerta número 12.

Esta vez le abrieron y se quedó con la boca abierta al ver a una maravillosa pelirroja que se cubría con un batín con mucha pluma. Era joven, de unos veinticinco o veintiséis años, esbelta y con un rostro fascinante.

CAPÍTULO V

—¿Puedo pasar? —Recuperó el habla Charlie.

La pelirroja estaba fumando un cigarrillo en una larga boquilla.

—¿Quién es usted?

—Charlie Clymer.

—¿Nos conocemos?

—No, pero tenemos un amigo en común.

—¿Cuál es?

—Gilbert Laffont.

La joven sonrió mientras en sus ojos aparecía una luz nueva.

—¿Lo envía él?

—Sí —contestó Charlie, porque se dijo que en realidad no le mentía.

—Pasé por el apartamento de Gilbert esta tarde, pero él no estaba. Pase, Charlie.

Charlie se introdujo en el vestíbulo, que contaba con un tresillo bien tapizado. Había un tocadiscos en marcha que desparramaba en la atmósfera una pieza de última hora cantada por Frank Sinatra.

—¿Desde cuándo no ve a Gilbert, Betty?

—Desde anoche... ¿Pasa algo?

—Casi nada. Lo mataron.

—¿Cómo?... ¡No es posible!

—Está de cuerpo presente en su apartamento.

—¡Dios mío! —La joven echó a andar hacia un mueble-bar, y tomó un vaso de *whisky* cuyo contenido apuró de un solo trago.

—Yo también bebería —sugirió Charlie.

—Sírvase usted, ¿quiere? Me ha dejado sin sangre en las venas.

Charlie se acercó al mueble-bar y se sirvió una buena ración de *whisky*.

—¿Cómo ha muerto? —preguntó Betty.

—De mala manera.

—Se estaba bañando y le dio la corriente...

—Peor que eso...

—No me diga que se ha suicidado...

—Nadie se puede suicidar pegándose un par de balazos en la espina dorsal. Bueno, tendría que ser contorsionista. Y Gilbert no lo era, ¿verdad?

—Me temo que no.

—¿Ha oído hablar de Joe, un tipo alto, rubio de ojos verdes, y nariz aguileña?

—No, no lo conozco.

—Joe tenía un compañero, Vince, con aspecto de boxeador retirado.

—Tampoco le vi... ¿Qué pasa con ellos?

—Fueron los dos verdugos de Gilbert.

—Pero ¿por qué lo mataron?

—Porque estaban buscando algo muy importante, pero no lo encontraron. ¿Qué sabe usted de eso?

La joven parpadeó.

—No tengo ni idea.

—Sería mejor que dijese la verdad, Betty. Vince murió, pero Joe está vivo. ¿Se da cuenta de lo que quiero sugerir? Joe podría hacerle una visita.

La mujer se estremeció, y trató de beber del vaso vacío. Se dio cuenta y lo dejó sobre el tablero del mueble-bar.

—Pretende asustarme.

—De ninguna manera, y le voy a decir un secreto. Yo estoy más asustado de lo que pueda estar usted. —No se le nota.

—Cuestión de disimulo. Sea buena chica, Betty, y dígame qué es lo que le dio Gilbert.

—No me dio nada.

—Salió con usted últimamente.

—Sí, es cierto, pero nunca me entregó nada como depósito, si es a eso a lo que se refiere.

—¿De qué hablaron?

—¿De qué íbamos a hablar? Del amor.

—¿A toda hora?

—Sí, señor, a toda hora.

—Demonios, tenía aguante el fulano... Pero claro, con una chica como usted...

—¿Qué le pasa a una chica como yo?

—Que es algo como para dejarse el asado en el luego y que se achicharre.

—¿Tú crees? —lo tuteó ella haciendo un abaniqueo con las largas pestañas. Charlie tragó saliva porque sentía el calor tibio que emanaba del cuerpo de la hermosa pelirroja.

Ella dio un paso hacia él.

Charlie no retrocedió.

—Gilbert, me habló de ti, Charlie.

—¿De veras?

—Dijo que eras un hombre muy simpático, y ya veo que lo eres. Pero se olvidó de agregar otras cosas.

—¿Cómo por ejemplo?

—Que eras muy alto.

—Sí, lo soy. Mido 182.

—Y muy fuerte.

—Estoy bastante bien de fuerza. Pero tuve que seguir un curso de gimnasia porque estaba muy delgaducho.

Ella le tocó el bíceps con los dedos y dijo:

—Cielos, tus músculos son de acero...

Puso una mano en la nuca de Charlie. Sus labios se juntaron.

La joven apartó su boca de la de Charlie, y dijo:

—Charlie, hemos de estar juntos.

¿Más de lo que estamos ahora? Estupendo.

—Me refería al secreto de Gilbert...

—No te entiendo.

—Si no me lo dio a mí, te lo debió dar a ti.

—A mí no me dio nada.

—Debes recordar, Charlie.

—Te aseguro que yo lo he intentado.

—Yo te ayudaré, querido.

Lo besó otra vez.

—Ayúdame más, Betty —dijo Charlie y la besó apretadamente.

En ese momento se oyó abrirse una puerta que comunicaba con el dormitorio y una voz rugió:

—¡Ya basta!

Charlie miró por encima de Betty y se quedó perplejo porque el hombre que había rugido era Joe.

Betty se apartó de Charlie y dijo:

—¿Por qué has salido, Joe?

—Porque el tipo se estaba aprovechando.

—Adelantaba mucho.

—Claro, él adelantaba mucho, pero tú no adelantabas nada.

Charlie miraba a un lado y a otro conforme dialogaban.

—Vaya, ésas tenemos, ¿eh, Betty? Estás con él.

—¿Lo ves, Joe? —dijo Betty pegando una patada en el suelo—. Lo echaste a perder.

Joe exhibió una pistola provista con silenciador.

—Yo soy quien lo va a echar a perder desparramándole los sesos por este *living*.

—Un momento —dijo Charlie levantando la mano derecha con gran solemnidad—. Aquí hay una terrible equivocación. Me confundí de apartamento. Yo quería ir al de Gilbert. Si me necesitan, allí me encontrarán.

Dio media vuelta y echó a andar.

—Un paso más y te tumbo como a Gilbert —dijo Joe.

Charlie se quedó con el pie derecho en el aire, y se volvió diciendo:

—Ni un paso más.

—Así me gusta.

—Eh, Joe, ¿cómo te las arreglas para que te encuentre en todas partes?

—Cuando te escapaste, tuve que salir yo también de la cafetería porque mataste al pobre Vince.

—Yo no fui. Pero si haces una suscripción para su viuda, aquí está mi donativo.

Charlie sacó un dólar del bolsillo y lo arrojó al aire.

Joe atrapó la moneda y dijo:

—Gracias —de repente se dio cuenta de lo que había hecho y bramó—: Muchacho, te estás jugando el pellejo, y ya abusaste mucho de tu suerte.

—No lo creas, Joe. Tengo una buena pata de elefante.

—Dirás una pata de conejo.

—No tenía bastante con la de conejo y me hice con una de elefante.

—¡Basta!

—Eso digo yo. Basta. —Charlie acercóse a la pelirroja y, abarcándola por la cintura, agregó—: Yo estaba con ella cuando tú nos interrumpiste. De modo que vuelve a esa habitación.

Charlie besó otra vez a la joven.

Joe puso el dedo en el disparador, pero Charlie lo vio por el rabillo del ojo e hizo girar a la muchacha.

De esa forma, si Joe disparaba, sería Betty quien recibiese la bala.

Pero Joe no se atrevió a disparar, dadas las circunstancias.

Entonces, Charlie lanzó a Betty sobre el asiento.

Joe no se apartó a tiempo y recibió el impacto del atractivo cuerpo femenino.

Sobrevino un disparo.

Joe se tambaleó estrellando las espaldas contra la pared.

Charlie vio que el agujero había aparecido en el estómago de Joe.

—Eh, amigo, ¿por qué no aprendió a utilizar un arma de fuego? Mire lo que ha hecho por no tener en cuenta eso de que de una escoba salió una bala... Se ha herido. Joe tenía en su rostro una mueca de estupefacción. Abrió la boca para decir algo, pero soltó una bocanada de sangre, y cayó de bruces.

Betty que había ido a parar al suelo, miró a su cómplice.

—¡Charlie, lo has matado!...

—Sí, y es el segundo que me cargo por carambola. Pero no te extrañe. Fui campeón de billar cuando tenía quince años...

Charlie caminó hacia la pelirroja, la cual se levantó de un salto y echó a correr hacia el mueble-bar.

Abrió un cajón, pero en ese momento Charlie la atrapó por la muñeca, pudiendo ver que ella trataba de atrapar una pistola.

—Ya está bien de muertos, Betty. ¿O es que quieres suicidarte tú también?

La joven dejó la pistola en el cajón y alzó los ojos.

—Charlie —dijo casi llorando—, necesito la protección de un hombre.

—Tú necesitas tanto la protección de un hombre como yo la de

una hormiga...

¿Quién es tu patrón?

—¿Eh?

—Quiero saber quién es el hombre que pagaba a Joe el que pagaba a Vince, el que te paga a ti...

—¿Para qué?

—Es la mar de sencillo. Por el hilo se saca el ovillo. Sois una pandilla de ladrones y asesinos.

—Charlie, no digas eso...

—Nena, no trates de conquistarme porque no vas a conseguir nada. Tú estabas aquí para sonsacar a Gilbert Laffont. De modo que ha llegado el momento de las confidencias.

La joven hizo rechinar los dientes.

—De acuerdo, Charlie. Hablaré.

—Magnífico, nena. Empieza y date prisa.

Verás, yo...

En ese instante se oyó un estampido suave.

Betty lanzó un grito. También en su pecho había aparecido una mancha de sangre.

Charlie, perplejo, dio la vuelta y miró a Joe, pero lo vio quieto, completamente muerto y también observó que la pistola con silenciador estaba a medio metro de su mano, sobre la alfombra. No, no había sido Joe.

—Eh, no es posible que haya un hombre invisible aquí —dijo.

—No, no es posible —le contestó como un eco una voz a la entrada del apartamento.

Charlie miró hacia allí y se quedó más asombrado que nunca. En la puerta había un chino que manejaba con la zurda una pistola también con silenciador.

CAPÍTULO VI

—Eh, usted —exclamó Charlie—. ¿Qué es lo que ha hecho?

—Impedir que Betty hablase.

—¿Por qué?

—Porque no me convenía.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Ling, pero soy más conocido por otro... —hizo una pausa—. El Liquidador.

—Pero, hombre; usted es un bruto... Mire lo que ha hecho con la pobre Betty. Con lo bella que era. ¿No le da vergüenza ir pegando tiros por ahí a chicas monas?

—Usted habla demasiado, Charlie.

—¿Me conoce?

—Sí, claro que lo conozco. Ella me habló por teléfono de usted.

—Caramba, da gusto ser tan popular. Ande, venga aquí y le daré un autógrafo, pero ha de portarse como un buen chico, y prometerme que se va a meter en la cama inmediatamente.

—Usted no me engañará con sus trucos, K7. Sabemos perfectamente quién es usted.

—Pues dígamelo porque yo no sé quién soy.

—Su verdadero nombre es Jean Gaumont...

—Caramba, no lo sabía.

—Agente del Servicio de Información, Sección de Investigación Estratégica bajo la dependencia directa del comandante Ferniot.

—¿Y cuántas medallas me han dado?

—Muchas, señor Gaumont. Es usted el mejor funcionario con que cuenta el comandante Ferniot. Y eso que hay otros dos que son muy buenos, Paul Riviere y Bruno Nussac, pero lo que usted ha hecho no lo ha hecho nadie.

Charlie hinchó los pulmones de aire y se golpeó el pecho con el puño cerrado.

—Por favor, no siga. Siempre he sido un tipo muy modesto.

—Pero ya se le acabó la cuerda.

—¡Oh, no! Yo tengo un mecanismo muy duro.

—Yo se lo voy a estropear.

—No estará hablando en serio, ¿eh, chinito?

—Venga conmigo.

—No quiero ir al cementerio. Ya es un poco tarde y lo habrán cenado.

—¡Obedezca o aprieto el gatillo aquí mismo!

—Me voy con usted al cementerio, Después de todo, es un lugar muy tranquilo. —Vaya delante de mí y no intente nada. Entraremos en el apartamento de Gilbert Laffont...

Charlie pensó en Dorothy. ¿Cómo la había podido olvidar? Pero, claro, estaba justificado, porque, en todo el tiempo que había permanecido en el apartamento de Betty, habían ocurrido cosas muy extrañas y sobre todo con mucha rapidez.

¿Qué estás esperando, K7?

—Ahora mismo voy.

Charlie salió del apartamento y Ling fue detrás.

Bajaron la escalera, y Charlie se dijo que no podía consentir que aquel chico sorprendiese a Dorothy.

—Tú ganas, Liquidador.

—¿Qué gano?

—Voy a soltar el secreto de Gilbert.

—Muy bien. Lo dirás ahí dentro.

—De ninguna forma. Tengo ganas de respirar el aire de la calle.

—He dicho que entres, o ahí va el plomo.

Charlie se apresuró a abrir la puerta y entró.

Dorothy estaba sentada en una silla, atada. Otro chino estaba a su lado, pelando una manzana con un cuchillo. Dorothy tenía rasgado un hombro por el que mostraba un trozo de carne, y su falda estaba recogida un palmo más arriba de las rodillas, lo cual acreditaba la perfección de sus remos.

—Eh, Ling —chilló Charlie—. No sabía que hubiese traído a su hermano.

—No es mi hermano.

—Entiendo, uno de los dos es bastardo. O bien mirado, creo que lo son los dos.

—Señor K7, no juegue con las palabras.

—Han hecho daño a mi chica.

—Es su chica, ¿eh?

—Eso he dicho. Lo es, si, señor. Y hemos decidido casarnos esta misma noche. Ustedes dos nos vienen bien para que actúen como testigos. Sólo falta que venga el cura. ¿Qué está esperando? Dígale a su hermano, el bastardo, que vaya a por el cura.

—En Oriente tenemos un proverbio.

—¿Uno nada más? Yo creía que los tenían por millares, ¿o eres un retrasado mental y sólo tuviste tiempo para aprenderte uno?

Ling sonrió dejando ver unos dientes muy apretados.

—Déjame decirte el proverbio, K7.

—Anda, no te mueras sin soltarlo.

—Tipo que habla mucho, pronto acaba.

—Yo sé otro mucho mejor. Chinito bravucón, mételo en el hoyo con el azadón.

—Es a ti a quien te vamos a meter en el agujeró.

Charlie miró a la joven.

—Nena. ¿Te han hecho daño?

—No mucho.

—¿Cómo te sorprendieron?

—Por la espalda. ¿Qué pasó allá arriba, Charlie?

—Todos muertos.

—¿Todos? ¿Quiénes?

—Joe y la chica llamada Betty. Trabajaban junto, —para sacarle el secreto a Gilbert Laffont, pero lo malo es que estos chinitos también forman parte de la pandilla. Ling intervino.

—Si ya se han puesto de acuerdo, lo mejor será que escuchen ahora.

—Anda, empieza tu serie de chistes, pero que sean buenos —contestó Charlie—. Tu sentido del humor no le va a servir de nada, K7. Fang y yo hemos venido aquí en busca de lo que Gilbert Laffont tenía, y no nos iremos sin la mercancía... —Lo siento, Ling, pero no te puedo ayudar, y Dorothy tampoco sabe nada. Lo mejor será que nos dejéis marchar y así podréis hacer el destrozo del apartamento con mayor libertad.

—Fang, empieza con el tatuaje.

Fang dejó de pelar la manzana dejándola sobre una mesa. Luego, manejando el cuchillo, se acercó a Dorothy.

—Eh, ¿qué vas a hacer? —chilló Charlie.

Ling sonrió.

—Fang va a hacer un tatuaje a la chica.

—¿Dónde?

—En la cara.

—¿Y qué le vas a dibujar?

—Un corazón.

—Prefiero una flor.

—Muy bien. Será una flor.

Dorothy gritó:

—¡Charlie, no dejes que me estropee la cara!

Sin embargo, Fang se dispuso a trabajar con el cuchillo en el bello rostro de Dorothy. —¡Espere, un momento, Fang!— gritó Charlie—. Yo diré dónde está el secreto de Gilbert.

—De acuerdo —dijo Ling—. ¿Dónde está?

Charlie miró a un lado y a otro del apartamento, hecho un lío, porque no sabía cuál era el secreto de Gilbert ni dónde lo había escondido.

—¿Dónde está? —repitió Ling.

—En el cuarto de baño.

—Echa a andar hacia el cuarto de baño. Yo te seguiré.

Charlie caminó muy aprisa.

—No tan rápido —gritó Ling.

Charlie tuvo que ir más despacio.

Entró en el cuarto de baño seguido de Ling. A la derecha, en la pared había un armario. ¿Y si había dentro una pistola? Sería estupendo, y muy propio de un agente secreto. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que Gilbert hubiese dejado allí un arma para un caso de emergencia.

Abrió el armario y miró los estantes. Sin embargo, allí no había una pistola, sino los objetos usuales, una maquinilla de afeitar, la brocha, una botella de masaje, un tubo de pasta para los dientes...

—¿Dónde está el secreto de Laffont? —Ladró a su espalda Ling.

—Espera, chinito, no me pongas nervioso.

—Fue otro truco, ¿eh? Quisiste entrar aquí en busca de una

oportunidad.

Ni hablar. Está aquí.

—¿Dónde?

—En la maquinilla eléctrica, pero ahora que pienso, seguro que Gilbert lo cambió de lugar.

—Coge la maquinilla.

—Ya te he dicho que no está, Ling.

—¡Cógela!

—Está bien, pero te voy a demostrar que Gilbert cambió de idea y la sacó de aquí para depositarla en otro sitio más seguro. A cualquiera se le podría ocurrir buscar en una maquinilla... Bastaría con desenroscar...

Charlie desenroscó la pieza superior, la rejilla.

—¿Lo ves? No hay nada —al mismo tiempo que decía eso, sacó un tubo pequeño.

—Ábrelo, K7.

Charlie se quedó asombrado al ver lo que sostenían sus dedos.

—No hace falta que lo abra, Ling. Ya sé lo que es. Una pila para hacer mover la maquinilla cuando falta el fluido.

—¡He dicho que lo abras!

Charlie lo abrió.

—Vuélcalo en la palma de tu mano —ordenó Lina.

Charlie volcó el contenido del pequeño tubo en la palma de su mano, y salió un microfilme.

CAPÍTULO VII

Ling soltó una risita.

—Gracias por tu colaboración, Charlie.

Charlie seguía sosteniendo en la palma de la mano el microfilme. Se había quedado como un témpano de hielo. Sin proponérselo, había contribuido a que el chino se hiciese dueño del secreto de Gilbert Laffont.

—Eh, un momento... Tengo derecho a una parte, Ling. La mitad para ti y la otra mitad para mí.

—Te voy a dar la parte completa.

—Eres muy amable. Sabía que podía contar contigo.

—Todo en plomo.

—¿Eh?

—Ya has llegado al final, K7. Tu brillante carrera finalizará en este apartamento de la ciudad de Nueva York.

—No puedes matarme.

—¿Quién dice que no?

—Soy francés, y tengo que morir en Francia. ¿No te das cuenta? Si muero allí, me harán honores y, si muero aquí, me harán un entierro vulgar. ¿Crees que sería justo por lo que he hecho por mi país?

—Así mueren los agentes, en los peores lugares. ¿No te lo dijo tu jefe? Tu vida no vale nada, y debes estar dispuesto a acabar en un estercolero, o con una piedra al cuello.

—Muy bien. Acepto la sugerencia. Ponme la piedra al cuello y llévame al Támesis.

—Dirás al Hudson. Es el río que pasa por Nueva York.

—Prefiero el Támesis. Vámonos ya para Londres.

Charlie fue a andar, pero Ling le clavó la pistola en el estómago.

—Quieto o disparo.

—Está bien, si prefieres matarme prefiero el estercolero, pero que sea el de Hong Kong. Allí hay muchos chinos y te sentirás como en tu casa. No me negarás que soy un tipo comprensivo.

—Dame eso.

—Ni hablar.

—Dámelo o se lo quito a un cadáver.

Charlie volcó el contenido de su mano en la de Ling y de esa forma el microfilme pasó a poder del chino.

—Sal al vestíbulo ahora.

Charlie obedeció, nuevamente, mientras sentía un vacío en el estómago. Tenía la impresión de que había llegado su última hora. Comprendía que se había librado de la muerte porque lo siguieron confundiendo con el agente K7, y, según ellos, el agente K7, al estar en combinación con Laffont, tenía que conocer el lugar donde el francés había escondido su secreto. Ahora, una vez descubierto éste, ya no tenían ninguna necesidad de él y le matarían. Y también matarían a la hermosa Dorothy.

Fang —dijo Ling—. Ya lo tenemos.

—Nuestra misión nos va a llenar de gloria.

—Seremos elegidos como los mejores del año.

Charlie intervino:

—Eh, muchachos. ¿Por qué no lo dijeron antes? No sabía que estuviesen trabajando para una cadena de televisión... ¿Lo has oído, Dorothy? Vamos a ser famosos como ellos.

Ling le clavó el cañón del silenciador en la espina dorsal.

—Te dije antes que era el final de tu carrera, y ya ha llegado el momento. Será la única forma que dejes de decir chistes.

Dorothy exclamó:

—Espere un momento, Ling.

—¿Qué te pasa?

—Quiero decirle algo a Charlie antes de que lo mate.

—Díselo, pero no te demores mucho.

—Charlie, ¿es verdad que lo tienen va?

—Sí.

—¿Dónde estaba?

—Donde yo dije, en la maquinilla eléctrica.

Charlie conservaba en la otra mano la maquinilla y la levantó.

—Aquí dentro.

Saltó sobre Fang y lo atrapó por el cuello con el cordón, arrastrándole consigo. Antes de tocar el suelo, Charlie oyó el crujido que producía el pescuezo de Fang. Se lo había roto.

Ling varió la dirección de la pistola y apuntó a la joven. Ésta se dio impulso y cayó atrás con la silla a la que estaba atada, en el momento en que el amarillo apretaba el gatillo.

La bala mordió la alfombra.

Todo estaba sucediendo muy aprisa, con el ritmo de un filme de los años veinte. Charlie ya tenía el cuchillo de Fang y lo lanzó contra Ling cuando éste se disponía a hacer fuego contra su cabeza.

El cuchillo se clavó en el brazo de Ling, el cual lanzó un grito de dolor mientras la pistola escapaba de sus dedos.

Charlie lanzó un grito de triunfo y se arrojó sobre Ling.

Éste le pegó con el puño sano en la frente.

Charlie se desplomó, aunque no llegó a perder el sentido.

Fue a parar cerca de la pistola.

Ling vio lo que iba a pasar y echó a correr como un demonio.

Cuando Charlie logró atrapar el arma, ya el chino superviviente había salido del apartamento de Gilbert Laffont.

Fue tras de él, y bajó los escalones de dos en dos.

De pronto resbaló y cayó rodando, golpeándose en la pared del rellano. Ahora fue cuando quedó conmocionado. Había ido a poner el pie sobre la sangre que chorreaba el brazo herido de Ling.

No, ya no hacía falta que le siguiese. Ling había tenido mucho tiempo para escapar.

Subió otra vez los peldaños y entró en el apartamento de Gilbert.

Dorothy continuaba atada a la silla, en el suelo, gimiendo.

Charlie fue a su lado y la desató.

—Ling huyó, Dorothy.

—¿Con el microfilme?

—Sí.

—No podemos permitirlo.

—Ya lo permitimos.

—Pero eso será catastrófico para Francia.

La joven saltó por encima del cadáver de Gilbert Laffont, y luego por el de Fang.

Por fin pudo llegar ante una mesa en la que descansaba el teléfono.

Descolgó y se puso a marcar un número en el dial.

—¿A quién llamas, Dorothy?... —exclamó Charlie—. No sé por qué lo pregunto...

Claro, a las pompas fúnebres.

La joven esperó unos segundos.

—¿Señor Ollinger?... Aquí Dorothy Rindell... Estoy llamando desde el apartamento de Gilbert Laffont... Sí, desde luego, señor Ollinger... Gilbert Laffont está muerto, pero es que ahora hay mucho más... ¿Que quiénes son?... Espere que me acuerde, porque la lista es larga. Primero murió Vince Patton, pero luego ha seguido funcionando la guadaña. Aquí está Joe Meagher, y arriba quedó Betty Fireman... Y también hay un chino... ¿El secreto de Gilbert? Sí, señor Ollinger, lo he oído perfectamente, pero es que quería repetírmelo a mí misma... Lo siento, señor Ollinger..., pero tengo que darle muy malas noticias a ese respecto... Sí, señor Ollinger, soy una calamidad. Lo siento, pero no he podido hacer más... ¿El agente K7? Está aquí conmigo. Me ayudó todo lo que pudo, pero no consiguió impedir que Ling se llevase el microfilme... Sí, señor Ollinger... Desde luego, señor Ollinger. A sus órdenes, señor Ollinger. Dorothy colgó y dio un suspiro.

Charlie fue a su lado y la atrapó con las dos alanos por el cuello.

La joven gritó:

—¡Eh, que me estrangulas!

Los dos cayeron en el sofá.

—¿Qué haces, Charlie?

Charlie estaba encima de ella, y habían quedado con las caras muy juntas.

—¿Es que no lo ves? Me siento como Jack *el Destripador*.

—Pero él liquidaba a mujeres de vida fácil.

—Eso es porque no conoció a mujeres como tú.

—¿Qué tienes contra mí, Charlie?

—Yo te lo diré. Eres una embustera, una traidora. Me has engañado como a Ling, quiero decir como a un chino.

—No tuve más remedio que hacerlo.

—Ahora me vas a decir la verdad. ¿Quién eres realmente?

—Dorothy Rindell, agente del Servicio Americano de

Investigación Continental.

—Suenan a una agencia de mensajería, o de correos.

Depende del Departamento de Estado.

—¿Es que no hay hombres suficientes con inteligencia en este país para la profesión de espía?

—Yo soy tan inteligente como cualquier hombre.

—Hasta ahora no has dado ninguna prueba.

—Claro que la di. Te engañé a ti, y tú eres el lamoso agente K7.

—Te voy a causar una gran decepción, nena. Yo fui el que te ensañó a ti.

—No.

—Sí.

—Tú eres Jean Gaumont, el agente K7.

—Yo no soy Jean Gaumont, el agente K7, ni el K24 ni el J36... Soy simplemente Charlie Clymer, y mi historia fue la que te expliqué.

—No puede ser y te lo voy a demostrar, Charlie.

—Anda, demuéstalo.

—Suéltame el cuello.

—Ni hablar, lo que tú quieres es escapar de mis garras.

—No seas ingenuo. Si quisiese escapar de ti, lo haría enseguida.

—Me gustaría que me convencieses.

Dorothy le soltó un rodillazo en el estómago y Charlie fue por el aire, lanzando un aullido y rodó por el suelo como una pelota.

—Ya estoy convencido —dijo cuándo se detuvo.

Ella estaba sacando algo del bolso mientras decía:

—Entérate de una vez, que si no me aparté de ti es porque me gustaba tu proximidad.

—¿Qué?

—Ya lo has oído, y aquí tienes la otra prueba, la de que eres K7.

Dorothy estaba exhibiendo una fotografía recortada de un periódico.

Charlie vio perplejo que se trataba de una fotografía de él mismo.

—Eh, ¿qué es eso, Dorothy?

—Si no lo ves, acércate o ponte gafas.

Charlie se levantó y tomó el trozo del diario.

—Dorothy, voy a decirte algo que puede servirte. Yo nunca salí

en los periódicos.

—¿No, eh?

—Ya sé de lo que se trata. Este hombre, K7, es mi sosias...
¿Cómo no lo pensé antes?

Claro, ahora queda explicado todo. Por eso me confundieron con él.

La joven parpadeó.

—¿De verdad que tú no eres el agente K7, el hombre que mató a una docena de agentes enemigos en Estambul, el que hizo volar en Tokio una casa de *geishas* que era una tapadera en donde había una veintena de espías, el que...?

—No sigas. No soy ese hombre... Ya puedes respirar.

Dorothy llevó aire a sus pulmones y dijo:

—Entonces, ¿qué ha sido del verdadero K7?

—Pregúntaselo a tu jefe.

—El no lo sabe.

—Yo tampoco, y ahora adiós.

—Eh, ¿adónde vas, Charlie?

—A dormir a mi apartamento.

—No puedes dormir.

—Que te crees tú eso, Claro que puedo dormir. No sufro insomnio. Soy un hombre completamente normal, lo cual no se puede decir de ciertos agentes femeninos. —Charlie, tienes que ayudarme.

—¿A qué?

—A recuperar el microfilme.

—No seas tonta. Tú misma viste escapar de aquí a Ling, y apuesto a que no encuentras a ese chino ni aunque hagas correr detrás de él a una jauría de los mejores perros de caza.

—Entonces, moriremos.

—Sí, morirás enseguida por el camino que has emprendido. De esto estoy seguro.

Hasta la vista.

—¡Charlie, espera! ¡No me dejes sola aquí con dos muertos!

Sin embargo, Charlie había salido ya del apartamento.

Estaba ya en la calle, cuando Dorothy le alcanzó.

—Charlie, me he portado mal contigo.

—No te preocupes. Te olvidaré fácilmente.

—Tú a mí sí, pero yo a ti no.

Charlie se detuvo, mirándole a la cara.

—Ahora viene otro curso de conquista...

—Te estoy diciendo la verdad, Charlie... ¿No recuerdas mis palabras de allá arriba?

No me aparté de ti porque te necesitaba cerca de mí.

Charlie se frotó el estómago.

—Sí, estoy dispuesto a creerlo, pero yo sólo te intereso para sacarte las castañas del fuego. Todo lo tuyo fue una burda farsa. Aquel hombre, el supuesto intelectual, Tom Runyon, era un compañero tuyo, ¿verdad?

—Sí.

—Nunca fuisteis novios.

—Claro que no. Yo me acerqué a la cafetería Kansas porque creía que eras el agente K7. Tenía que conquistarte. Según nuestras informaciones, estabas de común acuerdo con Gilbert Laffont.

—Querías quitarle el secreto a Gilbert Laffont...

—Sólo para proteger al mundo occidental. Estados Unidos es la cabeza visible, el Estado más poderoso del grupo.

—Pero Francia también es importante..., y no veo por qué tenéis que pelear con los agentes franceses.

—Sólo queremos proteger a Francia.

—Oh, sí, claro. Queréis protegerla tanto que le arrebatáis los secretos.

—La fórmula que hay en el microfilme fue inventada por un ciudadano norteamericano, aunque debo reconocer que antes fue francés.

—¿Qué fórmula es ésta?

¿Por qué no me invitas a un café con leche y te lo explico?

Charlie titubeó.

—No quiero más líos, Dorothy.

Ella se colgó de su brazo.

—Está bien. Si no quieres ayudarme, será asunto tuyo. Tú adoptarás tu propia decisión, después de que me hayas escuchado.

Charlie soltó un gruñido.

—Trato hecho.

Poco después, los dos jóvenes estaban sentados en una mesa. Pero no se encontraban en la cafetería Kansas, sino en otro local

llamado Daytona.

—¿De qué se trata, Dorothy?

—De un invento terrible... De un gas que, arrojado en la atmósfera a unos cinco mil metros de altura, produce un cambio brusco de temperatura...

—Caramba, eso es muy bueno... Se podrá cultivar el territorio de Alaska.

—Es lo contrario, Charlie... Ese gas disminuye la temperatura en lugar de aumentarla.

—¿Mucho?

—Hasta sesenta grados...

—Demonios.

—Por ejemplo, en un país determinado, con una temperatura de treinta grados sobre cero, puede pasar, en un espacio de quince minutos, a treinta grados bajo cero.

¿Sabes lo que significa?

—Que el que no tenga abrigo estará listo.

—¿Crees que una población sometida a una temperatura de treinta grados sobre cero, puede prepararse en quince minutos para resistir treinta grados bajo cero?

—Resultaría un poco difícil.

—¿Y qué me dices de las cosechas, y de los campos que estuviesen a punto de dar fruto, como árboles y demás vegetales? ¿Qué pasaría con el mar, entre los peces, cuando se produjese ese cambio de temperatura?

—Eh, ¿quién ha inventado esa barbaridad?

—Romain Massol, y no hables mal de él porque ya está muerto. Fue víctima de su propio descubrimiento. Estaba trabajando a veintitrés arados de temperatura y de pronto...

—Y de pronto, zas, se metió en los cuarenta bajo cero.

—Sí.

—Debió quedar como un sorbete.

—Pero antes había tomado la precaución de fotografiar su fórmula en un microfilme. Tenía que enviarla a Francia, y por eso se puso en contacto con Gilbert Laffont.

—¿Y Gilbert Laffont tema que dásela a K7?

—Así era.

—¿Supones que Gilbert Laffont se confundió conmigo?

—Es posible. Vio tu cara y creyó que eras el agente K7.

—¿Y por qué no me dio la fórmula?

—Quizá porque no la tenía entonces.

—Pero sí la tenía como hemos comprobado. La guardó en la maquinilla de afeitar. —Quizá Gilbert Laffont recibió la fórmula de Romain Massol poco antes de ser muerto y no tuvo tiempo de pasársela.

—Tengo otra hipótesis mucho mejor, Dorothy.

—¿Cuál?

—Gilbert Laffont sabía perfectamente que yo no era el agente K7. Ten en cuenta que yo estoy desde hace dos meses en la cafetería Kansas y que Gilbert Laffont pasó varias veces por allí y habló conmigo. Si hubiese creído que yo era el agente K7, no me hubiese enviado a Joe y a Vince.

—Caramba, es cierto.

—Con esto terminó el caso, Dorothy.

—¿Qué quieres decir?

—Que para mí se acabó el espionaje y el contraespionaje.

—No puedes decir eso. Tienes que hacer algo por el mundo occidental...

—Ya lo he hecho vendiendo gasolina, o despachando kilos de azúcar, o sirviendo salchichas de Frankfurt...

—Charlie, cada hombre debe hacer frente a su destino.

—¿De dónde sacaste esa ridícula frase?

—Me la enseñó mi jefe.

—Ya lo suponía. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que te quedes con tu jefe y con la frase! ¡A mí no me sirve ninguno de los dos!

—Eres un cobarde.

—Cariño, yo no puedo hacer nada. No soy como tú, un funcionario pagado por el Gobierno para que se juegue la piel.

—¿Todavía no te has dado cuenta de que puede servir de mucho tu parecido con el verdadero agente K7?

—¿Qué intentas?... ¡Oh, sí, ya lo veo! Me quieres utilizar como cebo.

—Exacto.

—No, Dorothy, tendrás que buscarte otra carnada.

—Charlie, si ellos saben que tú estás dispuesto a seguirlos hasta el fin, terminarán por buscarte.

—Claro, terminarán por buscarme y por mandarme al cementerio.

—Nosotros estaremos cerca de ti... para impedirlo, Charlie.

—Sí, estaréis tan cerca como las veces anteriores. Si no me mataron fue por mi pata de elefante.

—Esta vez no fallaremos.

—Mi respuesta es: ¡no!

Charlie se levantó y dejó un dólar sobre la mesa.

—Miserable —dijo Dorothy.

Charlie agregó medio dólar.

—Egoísta —exclamó Dorothy.

Charlie agregó otro medio dólar.

—Oye, párate, porque no estoy dispuesto a pagar más dinero por dos tazas de café.

—No lo decía por el café.

—Menos mal —dijo Charlie, y recogió las dos monedas de a medio dólar.

—Me estaba refiriendo a tu falta de confraternidad con el género humano. —Oh, sí, tú eres muy cariñosa. Te arrimabas a mí. Pero ¿por qué? Porque yo te interesaba para tu causa.

—Naciste en Francia, y otro hombre que también vio su primera luz en tierra francesa descubrió un arma que puede causar la muerte de millones de personas, que podrían ser los propios franceses, ¿y qué haces tú? Ni siquiera mueves un dedo por ellos.

—Demonios, ya moví las manos y los pies, y no sirvió de nada. Perdimos el combate.

—No, Charlie, sólo perdimos un *round*, pero aún continuamos en el cuadrilátero.

—Deja el boxeo en paz.

Dorothy se levantó y le abrazó besándole en los labios.

—¿A qué viene esto, Dorothy?

—Sabía que te convencería.

—¿Quieres que te diga una cosa en confianza, Dorothy? ¡No me has convencido!

Charlie hizo un saludo con la mano y echó a andar.

—¡Cobarde!... ¡Miserable!... ¡Egoísta!... —exclamó Dorothy.

Algunos clientes volvieron la cabeza para mirar a la joven, y ella, después de dar una patadita en el suelo, se dejó caer en una

silla y, apoyando la barbilla en la mano, se quedó pensativa.

CAPÍTULO VIII

Charlie Clymer estaba tendido en la cama, con el embozo hasta el cuello.

Tenía frío y quizá eso fuese debido a las emociones que había sufrido durante aquel día.

Pero no tenía sueño y encendió un cigarrillo a largas chupadas.

¿Por qué estaba pensando en Dorothy? Aquella chica sólo le había hecho pasar malos ratos. Además, ¿qué clase de mujer era ella, que realizaba un trabajo tan varonil?

Sin embargo, debía admitir que Dorothy no tenía nada de varonil. Era toda una mujer, sí, señor, la propia imagen de la femineidad.

De repente, se abrió la puerta del apartamento.

Se levantó de un salto y se quedó sentado en la cama, sorprendido al ver quién era su visitante.

Lo que vio no le gustó nada. Se trataba de una china.

Pero no era una china cualquiera. Hasta entonces había estado seguro de que las chinas eran pequeñas, pero aquélla pasaba de la raya.

Era tan esbelta como Dorothy, con una cara preciosa, ojos almendrados de color azul del Celeste Imperio, naricilla chata, y una boca de labios gordezuelos. El resto era de portada de almanaque, un busto bien desarrollado, pero justo para la medida de sus hombros, la cintura muy estrecha, y se notaba enseguida que sus piernas eran largas y torneadas.

—Buenas noches, señor Clymer.

—No me diga que pasaba por ahí fuera y entró para preguntarme la hora que es.

—No, señor. Pasaba por ahí fuera y entré porque pensé que me

invitaría a un trago.

—¿Qué pasa si no se lo doy?

La chica sacó una pistola del bolso y le apuntó con ella.

—Cuenta con el trago... —dijo Charlie, y salió de la cama con su pijama a rayas—. Puede elegir. ¿Ginebra o *whisky*?

—*Whisky*.

—¿Solo o con agua?

—Con hielo.

—Falló... No tengo hielo. Se me estropeó el frigorífico.

—Entonces que sea solo.

Charlie entró en la pequeña cocina. Estaba contuso. Creía haberse librado de los chinos, de los tipos como Joe y Vince, de Dorothy... Pero se había equivocado. Atrapó un atizador y fue a volverse con él, pero se quedó quieto al ver a la china en el hueco de la puerta, que le seguía apuntando con la pistola.

La bella china hizo chascar la lengua.

—¿Es así como sirve el *whisky*, señor Clymer?

—Oh, perdón, me equivoqué de botella —dicho Charlie, y dejó caer el atizador en un rincón.

Atrapó la botella y dos vasos y, mientras escanciaba, dijo a su visitante:

¿Debo llamarte Flor de Durazno?

—Prefiero que uses mi verdadero nombre. Magnolia.

—Muy bonito.

—Celebro que te guste.

Charlie le entregó el vaso y fue a saltar, pero Magnolia puso el dedo en el disparador.

—No hagas eso, Charlie.

Charlie retrocedió con su vaso.

—¿Por quién brindamos?

—Por la fórmula de Romain Massol.

Charlie sintió un escalofrío en la espalda, aunque había esperado que la visita de la china estuviese relacionada con los hechos que había protagonizado aquel mismo día.

Sonrió forzosamente.

—Ya dejé eso, Magnolia.

—¿De veras?

—Siento darte una mala noticia, Mag, pero un compatriota tuyo

se llevó la fórmula.

—No son malas noticias, porque Ling trabaja conmigo.

—Caramba, entonces eres una chica con suerte... —Charlie hablaba con satisfacción—. Ling tiene la fórmula, se la llevó, aunque todo el mérito del trabajo me correspondió a mí.

—Eres un chico muy modesto.

—Sí, es verdad, lo soy —repuso Charlie, estirando y flexionando las piernas.

—He venido por el complemento.

—¿El qué?

—El complemento de la fórmula de Romain Massol.

—No entiendo.

—Ling sólo se llevó una parte de ella.

Ahora Charlie necesitó más *whisky* y bebió un largo trago.

—Eh, Magnolia, de eso yo no sé nada. Las reclamaciones a Gilbert Laffont.

—Ya está muerto.

—Pero si te das prisa todavía lo pillas en la Morgue, antes de que lo entierren.

—Oye, K7, me han hablado mucho de ti y sé lo ingenioso que eres.

Charlie abrió los ojos y apretó los maxilares.

—Magnolia, yo no soy el agente K7. Me confundieron con él.

—No eres muy original que digamos.

—Magnolia, ¿por quién quieres que te lo jure? ¿Por tu padre?

—No le conocí.

—Ya lo suponía. ¿Por tu madre?

La joven endureció el rostro.

—Si te metes con mi familia, te lo voy a hacer pagar con un plomo en la espinilla.

—Magnolia, tienes que ser comprensiva.

Magnolia sonrió.

—Yo soy muy comprensiva con mis enemigos, si son tan hombres como tú. Aún recuerdo cómo se la jugaste a mis compatriotas en

Hong-Kong.

—¿De veras que se la jugué?

—Acabaste con veinte de ellos en un junco y desde entonces te

llaman en Hong Kong El Peligro Blanco.

—Siento decepcionarte, Magnolia, pero yo no soy El Peligro Blanco.

—Si no lo fueses, te mataría ahora mismo.

—De acuerdo. Soy El Peligro Blanco.

—¿Dónde está el complemento de la fórmula? Y no digas que no lo sabes porque me veré obligada a apretar el gatillo.

En ese momento se puso a sonar el teléfono en la mesilla de noche.

—¿De quién estás esperando una llamada, Charlie?

—De nadie. Bueno, debe ser mi sastre, le debo el último traje.

—Vas a contestar.

—Oh, no. No quiero pagarle. Estoy sin blanca.

—Quiero que contestes, y es una orden.

—Muy bien. Lo haré.

—Habla con naturalidad. No des ninguna pista de tu actual situación. Si hablas de mí, o de cualquier cosa que me resulte extraña, te agujereo el pijama.

—Harías muy mal. No tengo otro.

—Basta ya. Contesta.

El timbre seguía sonando y Charlie tomó el receptor.

—Diga.

—Cariño, soy Dorothy.

—Caramba, señor Mac Quen, tengo que quejarme de su traje.

—¿Cómo?

—Se equivocó de medida. Me mandó una chaqueta para un muchacho de siete años y los pantalones son cortos. Oiga, ¿qué forma de tomar medidas son esas?

—Charlie, soy Dorothy... Y sólo te llamo para decirte que te he jugado una mala pasada... Sí, cariño, te voy a usar como cebo... Sugerí a mi jefe mi idea, ya sabes, y él dio su aprobación... Hemos difundido la noticia de que la fórmula que se llevó el chino Ling no está completa... y que el resto lo tienes tú.

—¡Que cosa más graciosa se le ocurrió, señor Mac Quen!

—Celebro que lo tomes así, Charlie. Pensé que te enfadarías.

—De ninguna manera. Es lo más divertido que me pasó en lo que va de año —dijo Charlie, y soltó una escalofriante carcajada.

—Debes estar preparado, Charlie, aunque no creo que te

ataquen antes de medianoche.

—¿Eh? —dijo Charlie, consultando su reloj, que marcaba las nueve menos cinco.

—Dentro de un rato llegará un servicio especial para protegerte.

Magnolia dejó oír su voz:

—Ya basta, Charlie. Cuelga.

—Tengo que colgar, señor Mac Quen.

—Pero, Charlie, ¿qué te pasa?... Entiendo, pasaste por tantos apuros que te has emborrachado.

—Eso, señor Mac Quen.

Magnolia ordenó:

—Cuelga inmediatamente.

—Perdone, señor Mac Quen. No puedo seguir hablándole, y en cuanto al nuevo traje, tómeme las medidas a su mujer y mándemelo...

Charlie colgó al ver el gesto de Magnolia, la cual dijo:

—Eso que dijiste últimamente fue una consigna para que te ayudase. No era tu sastre el que estaba al otro lado del hilo... Vístete inmediatamente. Tienes treinta segundos.

Charlie se volvió de espaldas y se vistió en diecisiete segundos.

—Demonios —dijo Charlie cubierto de sudor—. Batí el récord.

—Ahora tienes que completar la fórmula. —Te he dicho que no la tengo.

—Muy bien. Te mataré y luego registraré.

—¡Yo cojo la fórmula...!

Charlie quiso abrir el cajón de la mesilla de noche.

Magnolia ordenó:

—Alto, Charlie.

—No guardo ninguna pistola en el cajón.

La chinita se colocó cerca de la mesilla de noche.

—Yo lo abriré —dijo.

—Como quieras.

La chica abrió el cajón. Dentro había dos pares de calcetines, un paquete de tabaco, un encendedor que estaba estropeado.

—¿Dónde está, Charlie?

—Aquí —dijo él, y cogió el encendedor.

—Dámelo.

—Tiene un mecanismo especial para abrirse. No lo entenderías.

—Es igual. Quiero llevarlo yo...

—Ni hablar. Yo te acompañaré donde tú quieras.

—Puedo matarte ahora mismo.

—Entonces perderás lo que te falta para la fórmula, porque nunca podrías abrir el encendedor sin destruir el microfilme. Está encerrado mediante un mecanismo especial. Tengo que ser yo quien lo abra.

Magnolia entornó los ojos. Estaba titubeando. Finalmente, dijo:

—Está bien, guarda el encendedor en el bolsillo derecho.

Charlie guardó el encendedor, mientras dejaba escapar el aire de sus pulmones.

Nunca había estado tan cerca de la muerte.

—Ponte en marcha —dijo Magnolia.

Charlie tenía en cuenta las palabras de Dorothy. En media hora tendría un servicio especial, pero de aquella media hora sólo habían transcurrido cinco minutos.

—Eh, Magnolia, ¿te han dicho lo hermosa que eres?

—Claro.

—Pero hay una gran diferencia entre cualquier otro y yo. Llevo sangre latina en las venas. Soy como un volcán.

Dio unos pasos hacia la joven y ella se dejó atrapar, pero puso la pistola entre los dos, clavándole el cañón en el estómago.

—¿Qué decías, Charlie?

Charlie la besó en la boca, y la apretó fuerte contra sí, pero tuvo que encogerse porque el cañón le empujaba demasiado su carne.

—Eh, nena, deja la pistola.

Ella se retiró como si la hubiese picado un escorpión.

—No lo conseguirás, Charlie.

—Magnolia, sólo he pensado en ti.

—¿Crees que soy una estúpida? Sé perfectamente cómo las gasta K7.

—¿Y cómo las gasto?

—Enamoras a tus enemigas y luego haces de ellas lo que quieres, pero conmigo no lo lograrás... Echa a andar hacia la calle, y será mejor que no intentes nada, porque dispararé.

Charlie decidió que era mejor ir con Magnolia y no intentar nada para escapar.

Charlie estaba conduciendo un automóvil y Magnolia, sentada a su lado, no dejaba de apuntarle con la pistola.

Ella había indicado el camino a seguir y de vez en cuando le corregía.

—¿Se puede saber adónde vamos? —preguntó Charlie.

—Ya lo sabrás cuando lleguemos.

Charlie apretó los dientes rabioso. ¿Por qué el destino se comportaba con él de aquella forma?

—A la izquierda —dijo Magnolia.

—He cambiado cinco veces de dirección. ¿Cuántas veces he de cambiar?

—Las que sean necesarias. Tú obedeces y yo ordeno.

Charlie contempló a la izquierda el mar.

Infiernos, estaba llegando más lejos de lo que había imaginado.

—Eh, no querrás que nos metamos en el mar con este automóvil. ¿O me vas a decir que es anfibio?

—No, no es anfibio.

—Lo decía porque vosotros, los agentes secretos, convertís una pluma estilográfica en un submarino en cuanto uno se descuida.

—Eres muy gracioso al decir eso de los agentes secretos. ¿Qué eres tú?

—Oh, es verdad. Ya no me acordaba. Soy el agente K7, y acabaré con todos mis enemigos en cuanto me lo proponga.

—Permíteme que me ría.

—Ríete todo lo que quieras, si es tu gusto.

La carretera desembocó en una pequeña playa.

A la derecha se alzaba una casa con algunas ventanas iluminadas. El cielo estaba tachonado de estrellas, y Charlie pudo ver un yate negro meciéndose con suavidad sobre las olas, al que se llegaba por un pontón.

—¿Adónde voy? ¿A la casa o al yate?

—Frena al comienzo del pontón.

Charlie obedeció.

Primero salió Magnolia.

—Sal de ahí.

Charlie salió.

—Echa a andar hacia el yate.

Magnolia no le había dado ni un momento de respiro, lo cual quería decir que la joven chinita conocía bien su oficio.

Charlie recordó el cuento de Pulgarcito... ¿Por qué no había tomado las mismas precauciones y dejado en el camino miguitas de pan para asegurar su paso?

Al diablo. ¿En qué estaba pensando? Lo que estaba viviendo no era un cuento de niños, sino una historia terrible. Una realidad marcada por la sangre de Gilbert Laffont, de Vince, de Joe, y sangre amarilla de chino, que resultaba también roja...

—Alto —oyó la voz de alguien desde el yate.

Era un marinero que manejaba una metralleta.

—Luna llena —dijo Magnolia.

—Estrella plateada —dijo el marinero.

—Sol caliente —dijo Charlie.

—A callar, K7 —gruñó Magnolia.

—Creí que era necesaria mi consigna para entrar en el barco.

—Viniedo conmigo tienes el paso libre —repuso Magnolia con sarcasmo.

El marinero apuntó a Charlie con su metralleta. Era un tipo feote, con un cepillo encima de cada ojo, aunque bien mirado resultó una ceja.

A Charlie le pareció un cruce entre un orangután y una hembra de la Edad Prehistórica.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó Magnolia.

—En su cabina de lujo.

Magnolia clavó de nuevo el cañón de la pistola en la espalda de Charlie.

—Echa a andar y métete por la primera puerta a la izquierda.

Charlie obedeció una vez más. Cruzaron un corredor.

—Abre la puerta que tienes a la derecha.

Charlie abrió y pasó al interior.

Ambos se encontraron en una espaciosa cámara con una larga mesa, a cuyo alrededor estaban sentados cuatro hombres. De los cuatro, el que había en la cabecera tenía la cabeza rapada.

Se cubría con un *smoking* blanco y corbata de lazo.

—Bien venido, Charlie —saludó con una sonrisa hipócrita.

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Roger Maury.

—¿Es el jefe de la pandilla?

—Puede llamarme así.

—Entonces, estoy encantado de conocerle, jefe.

—Gracias.

—Pero debo agregar que tiene a sus órdenes una pandilla de bastardos.

—Cuidado, Charlie, mi paciencia tiene un límite.

—Y la mía también. ¿Sabe a quién tiene delante?

—Claro que lo sé.

—Por si tiene alguna duda, yo se lo diré. Yo soy Jean Gaumont, el agente K7, el más temible de los de su clase, entre los occidentales... ¿Sabe cómo me llaman en Hong Kong? El Peligro Blanco. Me cargué a cuarenta chinos en un junco.

—Veinte —corrigió Magnolia.

—Bueno, veinte o cuarenta, da lo mismo tratándose de K7 — Charlie puso los brazos en jarras y levantó la barbilla.

—Le felicito, Charlie —dijo Roger Maury.

—No me pida perdón.

—No, no se lo pido, señor Clymer, porque usted no es K7.

Charlie se echó a reír y se volvió hacia la chinita.

—Eh, Magnolia, ¿has oído eso?

—Sí, claro.

—Usted es sólo un desgraciado, Charlie —dijo Roger Maury.

—Eh, sin insultar.

—No olvide que es usted mi prisionero.

—Claro que no lo olvido, pero usted tampoco debe olvidar que soy un hombre importante.

—Lo tendré en cuenta a la hora que vaya a morir.

—Eso me congratula mucho. Yo no puedo morir de cualquier forma.

—¿Cómo debe morir? ¿A balazos?

—Ni hablar.

—¿Con pastelillos envenenados?

—Déselos al tipo que está sentado a su derecha y que está burriciego.

El aludido dio un respingo en el sillón. Era gordo y se cubría los ojos con gafas oscuras.

—Roger, no estoy dispuesto a consentir...

—Silencio —ordenó Roger Maury, y el tipo gordo se hundió en el sillón.

Charlie habló con énfasis:

—Ya lo ha oído, cegato. El jefe está de mi parte.

Roger Maury sonrió mostrando unos dientes muy blancos, parejos.

—Señor Clymer, se podría haber ganado la vida como payaso.

—Oiga, no es mala idea. ¿Por qué no montamos el espectáculo usted y yo?

—No tengo tiempo para esas cosas. Soy un hombre llamado a realizar grandes empresas... Por ejemplo, seré dueño de la fórmula de Romain Massol, y llenaré mis arcas con ella. Sí, señor Clymer, voy a ganar muchos millones de dólares con ese maravilloso invento.

—Entiendo. Lo venderá usted a los agricultores en tiempo de sequía...

—No sea estúpido, señor Clymer. Pediré dinero amenazando a los gobiernos de ciertos países, y para empezar, he elegido el Mercado Común.

—Conque va a vender ahora naranjas y limones en el Mercado Común...

—Nada de naranjas y limones. Tendrán que pagar para que yo no arruine la vida de esos países...

—Usted es un fanfarrón, calvito.

—Cuidado, señor Clymer. Quiero que se comporte tan correctamente como lo ha estado haciendo hasta ahora.

—Eso es verdad. Soy un tipo la mar de educado. ¿Verdad que se me nota?

—Señor Clymer, no quiero que continúe haciendo el ridículo.

—Yo nunca lo hago.

—Lo está haciendo ahora y se lo voy a demostrar.

Charlie arrugó el ceño.

—No le entiendo.

—Lo comprenderá enseguida, señor Clymer.

Roger Maury chascó los dedos.

Se abrió una cortina que había detrás y Charlie vio aparecer a un hombre que era enteramente él mismo.

—Señor Clymer —dijo Maury—. Le presento a su sosias Jean Gaumont, el auténtico K7.

CAPÍTULO IX

—¡Eh, quite ese espejo! —gritó Charlie.

—¿Qué espejo? —repuso Roger Maury.

—El que está delante de mí.

Entonces el hombre que se parecía a Charlie como una gota de agua a otra, dijo:

—No existe tal espejo, señor Clymer. Soy Jean Gaumont.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Usted es un agente francés.

—Lo era...

—¿Quiere decir que se ha vendido a esta gentuza?

Jean Gaumont dio un suspiro.

—Charlie, vamos a tutearnos, puesto que somos tan parecidos. Casi estaría dispuesto a jurar que hemos tenido el mismo padre...

—Eso deberías consultarlo con tu madre.

Jean Gaumont endureció el rostro.

—Cuidado, soy el agente K7 y puedo acabar contigo en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Con manos o sin ellas?

—Me bastaría un ligero movimiento de mis dedos y de mis piernas para partirme en dos pedazos.

Roger Maury intervino:

—Cálmate, Jean. No hay motivo para que te pongas así.

—Este tipo me pone nervioso. No puedo verle ni en pintura. ¿Y sabe por qué? Porque se parece a mí, y ha utilizado ese parecido para hacerse el importante. —Oye, hijo de perra— dijo Charlie. —Yo no tengo la culpa de parecerme a ti, de que en la cafetería Kansas me diesen la placa con el signo K7, ni de que me metiesen

en el lío más gordo de toda mi vida... Pero, si se habla de decencia, yo soy el único tipo que puede nombrar a la familia de todos ustedes.

Roger Maury pegó un puñetazo en la mesa.

Dos vasos se rompieron, y tres de los hombres que se sentaban con él saltaron de los sillones.

—¡Soy yo el jefe de esta organización!

—Desde ahora queda destituido —dijo Charlie, apuntándole con el dedo—. Y en virtud de mis poderes, nombro jefe de la pandilla al burriciego El gordo se levantó diciendo:

—Muchas gracias, señor Clymer.

Roger Maury pegó al gordo con el dorso de la mano en las narices, devolviéndolo al sillón.

—Señor Clymer, no voy a permitir que se rebele.

—Muy bien. Nadie se va a rebelar aquí, pero para eso quiero que empiece a fusilar a la gente que nos estorba. Usted y yo estamos de acuerdo desde ahora. Iremos a la mitad de las ganancias... Cárguese al agente K7... Y eso sólo es el comienzo, porque no voy a dejar uno en pie.

—Magnolia —dijo Roger Maury con voz ronca.

—Diga.

—Mátale si abre el pico.

—Sí, señor.

—Ya cerré el pico —dijo Charlie.

En la sala se hizo un silencio, hasta que Roger Maury puso los puños sobre la mesa y dijo:

—Denos el complemento.

Charlie se metió la mano en el bolsillo y sacó cuatro monedas de a dólar, que dejó sobre la mesa.

—Ahí tiene. Es lo que le corresponde por una viuda y tres hijos enfermos.

—¡Magnolia! —exclamó Maury, lleno de ira.

—Enseguida pongo la bala en camino, jefe.

Sin embargo, Charlie también fue muy rápido esta vez.

—Ahora mismo le doy el complemento de la fórmula.

—¿Dónde la tenía, Magnolia?

—En un encendedor que guarda en el bolsillo derecho.

—Señor Clymer, saque ese encendedor.

Charlie sacó el viejo artefacto que había abandonado en el cajón de su mesilla de noche por inservible.

—Oiga, le aseguro que no se enciende.

—Ya basta de chistes, señor Clymer, y deme el encendedor.

—Como usted quiera, pero va se lo advertí —contestó Charlie, y arrojó el encendedor sobre la mesa, al lado de Roger Maury.

El jefe de la organización que quería ganar millones amenazando a los países más desarrollados del mundo atrapó el encendedor.

—Cuidado, jefe —dijo Magnolia.

—¿Qué pasa? —exclamó Roger, soltando el encendedor—. ¿Es una bomba?

—No, señor.

—Estúpida, me has pegado un susto...

—Charlie dijo que se podía estropear el microfilme si él no abría el encendedor.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —dijo Roger—. Charlie, abra usted mismo el encendedor y saque el microfilme.

—Lo siento, pero no puedo.

—¿Por qué no puede?

—Se me olvidó la combinación.

El verdadero agente K7, Jean Gaumont, intervino:

—Señor Maury, déjeme a mí.

—¿Lo podrás abrir?

—Será cosa de niños. He abierto las cajas fuertes mejor garantizadas...

—Está bien. Pero no falles.

El agente K7 atrapó el encendedor y, tras examinarlo, hizo presión en varios lugares del artefacto.

De pronto sonó un chasquido y la tapa superior del encendedor se abrió, aunque no produjo ninguna llama.

—¡Todos a tierra!... —gritó el hombre de las gafas oscuras.

Sus compañeros, excepto Roger Maury, se arrojaron del sillón al suelo.

Charlie saltó sobre Magnolia, atrapándola por el cuello.

—Eh... ¿Qué hace? ¡Suélteme!

Charlie trató de apoderarse de la pistola, pero la chinita demostró de nuevo lo bien preparada que estaba para ejercer su

profesión.

Apoyó el cañón de la pistola entre los ojos de Charlie, lo cual provocó una instantánea bizquera del joven.

—Eh, chica, quítame eso de ahí, que veo doble.

Pero Magnolia siguió apoyando allí la pistola con el dedo en el disparador, listo para apretarlo.

—¿Qué infiernos pasa, Jean? —gritó Roger Maury.

—No pasa nada, jefe. Eso es lo peor. Es un timo.

—¿Qué?

—Este encendedor no contiene absolutamente nada.

—Míralo bien, Jean.

Gaumont desarmó el encendedor y mostró en la palma de su mano un muelle, un tornillo...

—Este hombre vino aquí con este encendedor para engañarnos, señor Maury.

—No puedo creerlo...

—Pues lo crea o no, es así.

—¡Magnolia! —gritó Maury.

La joven china se levantó, pero Charlie continuó en el suelo.

—¿Qué ordena, señor Maury?

—Acaba con ese hombre.

—Enseguida.

La china apuntó a Charlie con su arma.

—¡Esperen un momento! —gritó Charlie, levantándose como impulsado por una ballesta.

—¿Qué tiene que alegar en su favor, señor Clymer?

—Muchas cosas.

—Diga sólo una.

—Yo tengo el complemento de la fórmula.

—Repita que está en el encendedor y le arrojo a los tiburones...

—No, no está en el encendedor. El agente K7 le ha dado una información veraz.

—¿Dónde está entonces?

—En mi zapato.

—¿Qué zapato?

—El derecho.

Roger Maury hizo chascar los dedos.

—Jean, encárgate de quitarle el zapato y de examinarlo.

El verdadero agente K7, traidor al juramento que había prestado, se puso en camino.

Charlie sintió que se convertía en jalea. Cuando Jean Gaumont hubiese comprobado que lo del zapato era una nueva fábula, habría llegado definitivamente el final de aquella aventura.

* * *

—Quítate ese zapato —ordenó Jean Gaumont, el agente K7.

Charlie se quitó el zapato izquierdo y lo alargó a su sosias.

—Ése no. El derecho.

—¿Qué más da? Son del mismo número.

Roger Maury exclamó:

—¡Se acabó, Charlie! Es tu última negativa.

—Que sea la penúltima —dijo Charlie, y se quitó el zapato derecho.

Jean Gaumont se lo arrebató de un tirón y se puso a examinarlo. Arrancó el tacón con sus fuertes dedos y lo mostró con los clavos.

—Eh, ¿qué haces, Jean? —exclamó Charlie—. No querrás que me vaya de aquí a la pata coja...

El agente K7 contestó a eso arrancando la suela.

—Ahora comprendo tus éxitos con el Servicio de Información Francés —dijo Charlie—. Todo lo que pillabas lo destrozabas. Así puede ser agente cualquiera...

Jean Gaumont rió con sarcasmo.

—Señor Maury, en este zapato no hay nada.

—¿Cómo que no hay nada? —exclamó Maury.

—Claro que hay —repuso Charlie—. ¿Es que no lo ves? Tiene suela, clavos, agujeros...

El hombre de la cabeza rapada hizo rechinar los dientes.

—Hemos tenido mucha paciencia contigo, Charlie. Liquidalo, Magnolia.

Charlie apretó los puños rabioso. Había luchado y de nada le había valido. ¿Dónde estaba Dorothy? ¿Dónde estaba su Servicio Especial de Protección? ¿Qué demonios hacía Edgar Hoover, el jefe del FBI? ¿Dónde estaba el Servicio de Inteligencia Británico? ¿Qué pasaba con la CIA? ¿De qué dolencia habían operado al presidente de los Estados Unidos? ¿Dónde demonios se encontraban los

agentes maravillosos que trabajaban en los seriales de la TV? Nadie venía en su ayuda. Nadie.

Miró a la chinita que le estaba apuntando con la pistola, y que se relamió ahora los labios con satisfacción.

Por aquel agujero iba a salir la bala y nadie la detendría.

—Un momento —intervino el agente K7.

—¿Qué pasa ahora, Jean? —inquirió Maury.

—Le vamos a matar sin que nos haya dicho dónde está el complemento de la fórmula.

—Se ha demostrado que él no la tiene —contestó Maury—. Pero de todas formas, luego registraremos su cadáver.

—Señor Maury, déjelo de mi cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—Yo lo trabajaré. En todo caso, si hay que matarle, debo ser yo quien lo haga. Me molesta la existencia de este tipo que se parece tanto a mí...

Charlie le apuntó con el dedo.

—Eh, K7, también me molesta que tú existas y que seas tan parecido a mí, pero no por eso deseo tu muerte.

—A callar.

Charlie guardó silencio porque, después de todo, el agente K7 le concedía una nueva prórroga.

Cabeza Rapada hizo un gesto afirmativo.

—Está bien, Jean. Llévatelo y trabájalo duro.

—Sí, señor. No se preocupe. Lo dejaré listo para cantar en el coro.

—De modo que tienen en el barco un coro... —sonrió Charlie—. Me gusta la idea.

—Un coro de ángeles, estúpido —le corrigió el agente K7—. Y no está precisamente en el barco, sino allá arriba.

Charlie miró hacia el techo mientras decía:

—No me esperéis aún, muchachos. Tengo una voz que da asco.

El agente K7 sacó una pistola.

—Vamos, chico, ya nos divertimos bastante.

—Tengo otros números.

—¡Fuera!

—Eh, señor Maury, ustedes pagaron por ver el espectáculo completo...

Roger Maury pegó un puñetazo en la mesa.

—Llévatelo, Jean. Este tipo me exaspera como nadie.

Jean Gaumont apoyó el cañón de la pistola en el cuello de Charlie.

—Echa a andar.

Los dos hombres salieron de la cabina donde se había celebrado la reunión, y fueron a otra mucho más pequeña, con dos literas, al final del corredor.

Cuando Jean Gaumont hubo cerrado a sus espaldas, Charlie se enfrentó con él.

Sonrió frotándose las manos.

—Demonios, somos un par de tipos grandes. Hemos conseguido engañarles.

—¿Tú crees?

—Claro. Están convencidos de que eres un traidor.

—Soy un traidor.

—¿Lo ves? Lo hiciste tan bien que hasta tú mismo crees que eres un traidor —le pegó dos bofetadas en la cara—. Despierta, Jean, eres el agente K7, al servicio de Francia.

Jean Gaumont retrocedió tambaleándose.

—¡Otra bofetada más y te mato!

—Pero ¿es que vas a estar de parte de esos chinos?

—Pagan bien, y el señor Maury no es chino.

—Eso es lo que tú no sabes, pero yo me fijé bien en sus ojos y los tiene almendrados...

—¡Basta!

—Como tú quieras.

—He venido aquí a trabajarte, Charlie.

—Yo soy un tipo muy trabajador. Empezaré por hacer estas dos literas, luego lavaré un poco el suelo. Te advierto que estoy acostumbrado.

Charlie, tranquilamente, se puso a hacer la cama.

Jean Gaumont soltó un rugido.

—¡Deja esa sábana!... ¡Deja esa almohada!

—Pero ¿qué te pasa, Jean?

—Vas a tomar el pelo a tu tía.

—Muy bien. Se lo tomaré —contestó Charlie, y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Con mi tía.

—Párate.

—¿En qué quedamos? ¿Me voy o me quedo?

El famoso agente K7 estaba sudando.

—Pero ¿qué clase de imbécil eres, Charlie?

—Soy imbécil de pago.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que fui al colegio y pagué para que me diesen clases. Tengo muy buen recuerdo de una profesora que se llamaba Ernestina. Me quería como un padre.

—Dirás como una madre.

—Es que ella tenía bigote.

—¡Silencio!

El agente K7 se pasó una mano por la cara.

—Creo que me va a dar algo.

—¡Un doctor!... ¡Hay que llamar a un doctor!... ¡El agente K7 se nos muere!...

—Si das otro grito, te meto una bala por la boca, y tú vas a ser quien necesite el doctor...

—En ese caso sólo necesitaría al enterrador... Hablando de cementerios, tengo que decirte algo muy importante... No quiero que me echéis al mar cuando me convirtáis en cadáver. Este verano, en el sitio que fui a pasar unos días de vacaciones, había un cartelito que decía: «El que echa desperdicios al mar es un puerco».

—Cabeza de alcornoque, te voy a hacer una pregunta y será mejor que la contestes en vez de hablar sin sentido.

—Que sea una pregunta fácil.

—¿Dónde está el complemento de la fórmula?

Charlie se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó K7.

—De la pregunta.

—Es fácil, ¿eh?

—No. Todo lo contrario. Es la más difícil, porque no sé la respuesta.

Jean Gaumont arqueó el dedo en el gatillo.

—Eh, un momento, Jean.

—Se acabaron todos los momentos.

—Yo nunca tuve el complemento de la fórmula.

—No te creo.

—Soy víctima de las circunstancias, K7, y tú tienes la culpa de lo que me está pasando... ¿Por qué? Porque me parezco a ti. Por tanto, no es lógico ni justo que ahora me mates.

—No estoy para llorar.

—Muy bien. Entonces lloraré yo por los dos.

—Ya tengo curiosidad por conocer el chiste que soltarás cuando te estés muriendo. Charlie comprendió que Jean Gaumont iba a disparar y saltó sobre él pegándole un puñetazo en el maxilar inferior.

CAPÍTULO X

Jean Gaumont cayó hacia atrás y se golpeó en la nuca, perdiendo el conocimiento.

Charlie miró a Jean y luego miró su puño, asombrado.

—Demonios, pura dinamita.

Se mordió pensativo el labio inferior, y al fin se le ocurrió la idea que puso en práctica.

Despojó a Jean Gaumont de la chaqueta, del pantalón, de la camisa, de la corbata y le dejó en paños menores. Luego le ató y amordazó metiéndole en una litera. A continuación, tranquilamente, Charlie se desvistió también y se puso la vestimenta del agente K7.

Ya había terminado de hacerse el nudo de la corbata cuando oyó los gruñidos de Jean.

Se le acercó con la pistola en la mano.

—Charlie, eres un tipo pesado —dijo el propio Charlie—. No debiste engañar a esta gente con el zapato, con el encendedor...

Los ojos del agente K7 se agrandaron, pero no podía decir nada porque estaba amordazado.

—Volveré luego y me ocuparé de ti, Charlie.

Abrió la puerta de la cabina y desde allí dijo fuerte:

—Vas a tener motivos para acordarte de Jean Gaumont, Charlie.

Cerró la puerta.

En el corredor no había nadie.

Charlie se dijo que ahora era el mejor momento para escapar de allí. Se encaminó hacia la escalerilla que conducía al puente del yate.

De pronto, se abrió la puerta de una cabina y un brazo desnudo le atrapó por el cuello.

Charlie perdió el equilibrio y entró tambaleante en el hueco.

Una boca se juntó con la suya cortándole la respiración.

Al fin pudo apartarse y quedóse asombrado al ver ante él a una mujer de escalofriante hermosura, morena, de grandes ojos negros, y boca de labios llenos.

También tenía otras cosas muy llenas, como el busto, las caderas...

Ella se cubría con una bata que se adhería a su cuerpo como si estuviese mojada.

—Canalla, te he estado esperando...

—¿De veras?

—Me prometiste que vendrías, Jean.

—Tuve mucho que hacer.

—Lo sé. Me lo dijo Roger Maury, pero creí que te darías mucha prisa en acabar tu trabajo para reunirme conmigo.

Así diciendo, la hermosa entreabrió los labios y le volvió a besar.

Charlie sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Ella apartó de nuevo su bonita cara y dijo:

—Jean, prometiste que me llevarías contigo cuando cobrases los cincuenta mil dólares que ese repugnante hombre que es mi dueño...

—¿Eso te prometí?

—Jean, ¿es que te has vuelto atrás?

—No, de ninguna forma.

—Di que me quieres.

—Te quiero.

—Di que me adoras.

—Te adoro.

—Lo dices sin entusiasmo.

—Con entusiasmo... Oh, perdón, quiero decir que estoy la mar de alegre, la mar de contento, la mar de feliz...

—Jean, has de tener cuidado.

—¿Tú crees que no lo tengo?

—Sospechan de ti.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser?... Ruger Maury.

—Vaya, ésas tenemos, ¿eh?

—Hace una hora me provocó una escena de celos. Dijo que yo te

miraba de una forma que no dejaba lugar a dudas.

—¿Y cómo me miras?

—¿Necesitas que te lo diga? Cada vez que pongo los ojos en ti, te devoro. ¿Es que no lo notas?

—Cariño, no deberías hacer esas cosas. No está bien que me comas delante de tanta gente, y seguro que no te pones ni servilleta.

—Jean, ¿por qué hablas de esa forma?

—Es que estoy nervioso.

—¿Lo ves? —dijo ella, pegando una patadita en el suelo—. Te estás volviendo atrás, y cuando cobres los cincuenta mil dólares, te largarás solo.

—Oh, no, querida, no lo haré.

—Te seguiré adonde sea. Tu Nicole nunca te abandonará.

Charlie dio un suspiro de alivio. Por fin había dicho ella su nombre.

—Huiremos al fin del mundo —dijo Nicole.

—¿Por qué tan lejos?

—Para librarnos de Roger Maury.

—¿Tan largo tiene el brazo?

—A veces parece un pulpo. En cambio, tú eres maravilloso, Jean... El hombre más adorable del mundo.

Nicole se estrechó contra él y le besó.

De pronto se oyó una voz:

—¡Jean!

Charlie no recordaba que estaba ocupando el lugar del agente K7, en especial porque el momento era para no desaprovecharlo.

—¡Jean!... —repitió la voz.

Fue ella quien se retiró.

—¡Es Roger!...

Charlie se volvió tambaleándose, porque todavía sufría los efectos del volcánico beso.

—¡Soy inocente, señor Maury!... ¡Soy inocente!...

—No digas eso, Jean —repuso Nicole—. Está hablando por un altavoz. Tienes que acercarte allí para que te oiga —señaló un micro que había en la pared.

—Sé que estás ahí, Jean... —dijo otra vez la voz ronca.

—Sí, jefe —contestó Charlie por el micro.

—¿Qué haces en la cabina de Nicole?

—Yo pasaba por el corredor y oí que gritaba... Se le había metido una carbonilla en el ojo.

—¿Ya se la quitaste?

—No, señor, porque la carbonilla se fue por otro lado.

—Que se la quite ella. Quiero verte inmediatamente. Estoy en el laboratorio.

—Sí, señor. Enseguida voy.

—No te esperaré más de dos minutos.

Nicole se acercó a Charlie y lo abrazó otra vez.

—Eh, nena, no me comprometas más o terminaremos los dos convertidos en carbonilla.

—¿Cuándo huiremos?

—Esta noche.

—Me vestiré en un momento.

—¿Por qué vestirme si así estás estupenda?

Ella hizo un gesto de coquetería.

—¡Qué cosas tan lindas sabes decir!...

—Nena, será mejor que me marche o el jefe me mandará al cocinero para que me haga picadillo.

—Estaré preparada, Jean.

Ella lo besó otra vez con aquel calor, y Charlie a duras penas logró salir de la cabina.

Un hombre dijo a su espalda:

—¿Se desmaya aquí o prefiere la cubierta?

Era el tipo de las gafas oscuras, el barrigudo.

—Caramba, no sabía que estuviese ahí.

—No está bien lo que está haciendo, Jean.

—No sé a qué se refiere.

—A Nicole, ella es una chica ambiciosa. Primero me tuvo a mí, luego a Roger, y ahora la ha emprendido con usted. ¿Sabe por qué?

—Bueno, a ella le ha bastado compararme con usted y con Roger para elegir.

El hombre de las gafas oscuras se echó a reír.

—Tiene sentido del humor, señor Gaumont, pero se está buscando su ruina. Pensé que trabajaría con nosotros, pero ya veo que, si sigue así, durará muy poco. Hasta la vista.

Desapareció en una cabina y Charlie siguió andando por el

corredor. De repente, se detuvo al darse cuenta de que no sabía dónde estaba el laboratorio.

Torció a la izquierda y vio a un camarero que estaba barriendo.

—Eh, muchacho, ¿dónde está el laboratorio?

—Segunda puerta a la izquierda.

Charlie le dio las gracias y poco después entró en el laboratorio.

* * *

Charlie se encontró ante las narices con una metralleta.

El arma era esgrimida por uno de los marineros.

Charlie puso un dedo en el cañón y lo apartó.

—Ven aquí, Jean —oyó la voz de Roger Maury.

El jefe de la organización de espías estaba al fondo de la estancia, ante una maqueta muy original, en donde se veían campos y una ciudad. La maqueta estaba protegida por un gran techo transparente, de plástico, que cerraba herméticamente.

—¿Qué conseguiste de Charlie Clymer, Jean?

—Lo dejé sin conocimiento. Dentro de un rato volveré con él.

—¿Crees que tiene el complemento de la fórmula?

—No.

Maury se echó a reír.

—Eres listo, Jean.

—¿Por qué dice eso, señor Maury?

—Fuimos engañados.

—¿Quiere decir que la fórmula que trajo Ling no es la buena?

—Claro que es la buena, y por eso fuimos engañados... No existía ningún complemento.

—No me diga —dijo Charlie, a pesar de que él sabía bien que no había complemento de la fórmula.

—Jean, no cabe la menor duda de que hemos sido víctimas de una celada por parte del Servicio de investigación Americana. Ese estúpido, Charlie, no sabía nada y, por tanto, no tenía ningún complemento de la fórmula. La razón es muy sencilla. Yo tengo toda la fórmula. Es la que me trajo Ling.

Charlie llevó aire a sus pulmones.

—Entonces, yo soy el que debe recibir todo el premio porque la tiene gracias a mí.

—Sí, Jean.

Charlie estaba jugando sobre seguro porque había quedado muy clara la posición de Jean Gaumont, el genuino K7. Era Jean quien, traicionando a Francia, había permitido que Gilbert Laffont muriese y que la fórmula del cambio climatológico fuese a parar a manos de Roger Maury.

—Vas a ser testigo de algo excepcional, Jean —dijo Maury.

—¿De qué se trata?

—Voy a hacer un experimento delante de tus ojos. Observa ese barómetro. ¿Cuánto marca?

El barómetro estaba en el interior de la maqueta.

—Treinta grados sobre cero —contestó Charlie.

Maury se acercó a la pared donde había un cuadro de mandos con largos tubos que comunicaban con el interior de la maqueta.

—Allá va —dijo y movió una tras otra hasta tres palancas, y por último pulsó un botón—. Mira el barómetro.

Charlie lo estaba mirando y vio cómo el mercurio de la columna bajaba con rapidez.

De los treinta pasó a los veinte grados y luego a los diez. Finalmente a cero.

Maury apretó otro botón.

De un tubo que pendía en el interior de la maqueta sobre los campos y la ciudad, empezó a caer como lluvia fina, pero de pronto el agua se transformó en diminutos copos de nieve.

Charlie seguía vigilando el barómetro. Cinco grados bajo cero. Diez. Quince...

En un par de minutos el campo, las casas de la ciudad fueron cubiertos por un blanco manto.

Roger Maury soltó una risa chirriante.

Charlie dio un respingo.

—¿Se encuentra bien, señor Maury?

Observo los ojos de Roger Maury, que parecían ir a salir de las órbitas. Se frotaba las manos.

—Eres un privilegiado por haber contemplado esto, Jean. Míralo. Está conseguido... La fórmula de Romain Massol me va a convertir en el hombre más poderoso de la tierra. En los laboratorios de los países más desarrollados buscan sin cesar el Rayo de la Muerte, los aviones más poderosos, las bombas más

efectivas... Constantemente votan presupuestos militares porque quieren ganar esa larga carrera del armamento, y ahora resulta que para ser el amo del mundo no se precisa una bomba de hidrógeno, ni un avión que vuele treinta veces más rápido que el sonido, ni un rayo que sea capaz de convertir en polvo a los hombres... No, Jean, un hombre puede ser el amo del mundo dominando el clima, y yo soy el dueño del clima... Soy más poderoso que cualquier nación que posea *stocks* de bombas de hidrógeno, de aviones supersónicos, de tanques super-acorazados, de submarinos atómicos... ¡Todo eso lo he sustituido yo por una simple fórmula!...

Charlie no pudo evitar un estremecimiento. Aquel tipo estaba loco como una cabra, pero no lo podía convencer para que se metiese en un manicomio y se dejase poner la camisa de fuerza.

—¡Mío es el mundo!... ¡Mío!...

—Eh, jefe, ¿porqué no me deja un trozo?

—Tú vas a cobrar los cincuenta mil dólares.

—Es muy amable, pero ahora que lo pienso es barato.

—¿Qué?

—Quiero un millón.

—¿Un millón de dólares?

—Claro, me interesa más cobrar en dólares que en francos.

Maury soltó una risotada.

—Eh, jefe, ¿dónde está el chiste?

Maury siguió riendo hasta que las lágrimas brotaron de sus ojos.

Charlie se movió intranquilo.

—Oiga, en vez de un millón, me pagará medio.

Maury se palmeó en las rodillas riendo cada vez con más fuerza.

—Está bien, jefe, que sean doscientos cincuenta mil dólares... Y si todavía lo encuentra gracioso, me conformaré con los cincuenta mil, y que no se hable más del asunto...

El hombre de la cabeza rapada dejó de reír de pronto. Sus ojos reflejaban todo el odio del mundo.

—¿Qué le pasa, señor Maury? ¿Quiere que lo lleve al botiquín para que le den un par de litros de anestesia?

—Jean, ha llegado el momento de que cobres.

—Es usted muy amable.

—Te van a servir dos kilos de balas.

—Prefiero el dinero.

—Eres un cerdo... Me has engañado, me traicionaste con Nicole... Me la quitaste.

—No se ponga así, señor Maury. Usted va a ser el amo del mundo, y tendrá una cantidad de mujeres que no se las podrá quitar de encima ni con pinzas.

—Quiero sólo a Nicole.

—No diga eso, hombre. Nicole es muy atractiva, pero hay cada una por ahí que es para morirse.

—Tú eres el que te vas a morir, Jean.

Maury se apartó de Charlie e hizo chascar los dedos.

Charlie oyó pasos a sus espaldas, y volvió la cabeza. Quedó aterrorizado al ver que hacia él avanzaba, muy serio, el hombre de la metralleta.

—Eh, señor Maury —dijo—. No me gustan estas bromas.

—A mí tampoco, y por eso le he dicho a Roland que no tire con cartuchos de fogeo. Son balas de verdad, Jean, pero tú lo vas a saber enseguida.

Charlie vio que el hombre levantaba la metralleta, listo para disparar.

—Señor Maury, no me puede matar.

—¿Por qué no?

—Porque yo no lo he traicionado con Nicole.

—Cuéntalo en el infierno cuando llegues.

—Señor Maury, yo no soy el agente K7, no soy Jean Gaumont...

—Anda, dime que eres la Brigitte Bardot.

—No, señor Maury, le doy mi palabra de que no soy la Brigitte Bardot.

—Celebro que lo admitas.

—De nada, señor Maury... Pero soy Charlie Clymer.

—Sí, ¿eh?

—Sí, señor, soy Charlie, el empleado de la cafetería Kansas. Número de placa, el 7. Despedido por armar alboroto... —Charlie hablaba muy nerviosamente porque esperaba que, de un momento a otro, la metralleta le escupiese la rociada de balas.

Roger Maury arrugó el ceño.

—Roland.

—A la orden, jefe.

—No sé si dice la verdad, pero te lo vas a cargar de todas

formas. Ya sabremos luego quién es en realidad... Después de todo, hemos de liquidar a los dos, a Jean Gaumont y a Charlie Clymer...

CAPÍTULO XI

—Le voy a dar la sorpresa, señor Maury —dijo Charlie con rapidez.

—¿Cuál es?

—No soy el agente K. 7.

—Eso ya 16 dijiste.

—Tampoco soy Charlie Clymer.

—No, ¿eh?

—Ahora va a saber de una vez por todas quién soy yo.

—¿Quién?

—Marlon Brando.

—Como tú quieras, muchacho, como tú quieras... ¡Fuego contra Marlon Brando!...

Charlie pegó un salto en el aire.

Lo hizo muy a tiempo porque una bandada de balas iba en su busca.

Los proyectiles al no encontrar en su camino al tipo que debían morder, mordieron en la maqueta.

La cubierta de plástico saltó por el aire.

Charlie estaba rodando por el suelo.

—¡Apártese, señor Maury! —gritó Roland.

La temperatura descendió bruscamente en la sala.

En aquel momento entró el gordito de las gafas oscuras.

—Dios mío, ¿qué pasa aquí? Hace un frío que hiela.

—¡Cierra esa puerta, Samuel! —exclamó Maury—. ¡Que no se escape, Charlie! ¡O el agente K7, o quién demonios sea!...

Charlie gateaba por el suelo escondiéndose tras los objetos que encontraba a su paso.

Roland lo seguía, mandándole balas.

Cajones, sillas, saltaban en añicos, al ser alcanzados por las

balas.

Charlie daba diente con diente y pensó que era el miedo, pero estaba muerto de frío.

Roger Maury gritó:

—¡Samuel, coge de la percha un par de abrigos!

El tubo empezó a desparramar llovizna, y en unos segundos se convirtieron en copos de nieve.

Charlie comprendió que se iba a quedar helado. Tenía que salir de allí rápidamente o quedaría convertido en un iceberg.

Gateó hacia la puerta.

Pero justo en ese momento apareció Roland delante de él.

—Ya te tengo —dijo el verdugo y fue a disparar otra vez.

Charlie se dio impulso y rodó por el suelo.

Las balas atraparon un ser humano y un aullido rasgó la atmósfera.

El hombre alcanzado por los proyectiles era el mismísimo Samuel quien traía puesto un abrigo y otro en el brazo para Roger Maury.

Charlie desapareció tras unos cajones.

La tempestad de nieve era cada vez más espesa.

—¡Roland! —gritó Maury—. ¿Ya has acabado con él?

—Todavía no, jefe —chilló Roland apartándose la nieve del rostro.

—¡Cúbreme, Roland, he de salir de aquí! —exclamó Maury aterido de frío.

Charlie estaba llegando a la puerta.

La nieve cubría todo el piso.

Vio aparecer a Roger Maury también a gatas. Los dos se miraron, cubiertos el cabello y las cejas de copos de nieve, como si súbitamente hubiesen envejecido cincuenta años.

—¡Roland, aquí!... —gritó Maury.

Charlie saltó sobre él y los dos rodaron por la nieve.

Charlie hubiese jurado que se encontraba en el Polo Sur, en plena expedición Antártica.

La mano de Maury atrapó lo primero que encontró en su camino que resultó ser un bisturí de laboratorio.

—Muere, maldito —exclamó, tratando de hundir la punta en el cuello de Charlie, pero en el último momento, éste movió la cabeza

y el bisturí se clavó en la nieve.

A continuación Charlie retorció la muñeca de Maury obligándole a soltar el bisturí. Luego cogió éste y, dándose mucha rapidez, lo hundió en el pecho del hombre que quería ser el amo del mundo.

Charlie se levantó. Apenas podía moverse. Un poco más y se quedaría tieso, debido al inmenso frío que reinaba en aquella habitación.

Avanzó hacia la puerta hundiendo las piernas en la nieve hasta el muslo.

En su camino encontró a un hombre que estaba de pie, con medio cuerpo por encima de la nieve. Estaba tieso, con la boca torcida, como si se hubiese convertido en una estatua. Era Roland y se había helado.

Charlie trató de abrir la puerta, pero no podía.

Estaba listo para morir. Ya no había salvación para él.

De pronto, la puerta se abrió y Charlie rodó en el corredor con un montón de nieve.

Tropezó con alguien que dio un chillido y rodó con él.

Sus caras quedaron juntas.

Charlie vio ante sí el bello rostro de Dorothy Rindell.

—¡Dorothy! —exclamó.

—No me esperabas, ¿verdad?

—Creí que me mandarías un perro de San Bernardo.

Por la puerta del laboratorio se escapaban rociadas de copos de nieve.

Charlie se levantó y cerró la puerta ayudado por Dorothy.

Luego se abrazaron.

—¿Cómo llegaste hasta aquí, nena?

—Comprendí tu mensaje.

—¿Mi mensaje?

—El del sastre.

—¿Quieres decir que no has venido sola?

—No. El barco ha sido tomado por mis compañeros. Te seguí la pista cuando saliste de tu casa, pero luego la perdí y me costó mucho trabajo encontrarte.

—He estado a punto de morir...

—Tú ya lo has arreglado todo —sonrió Dorothy y señaló la puerta del laboratorio. Se oyeron pasos, y por el corredor avanzó un

hombre de unos cincuenta años, alto, de cabello canoso, muy elegante.

—Jefe —dijo Dorothy—, tengo el gusto de presentarle a Charlie Clymer.

El hombre del Servicio del Contraespionaje estrechó la mano de Charlie.

—Demonios, Clymer, está usted helado.

—Fue la emoción.

—Necesita entrar en calor enseguida.

Charlie pasó un brazo por los hombros de Dorothy y dijo:

—Ya has oído a tu jefe, nena, y estoy seguro de que es una orden.

—Señor Clymer —carraspeó el jefe de Dorothy—, ha prestado un valioso servicio a la Humanidad... Miles de millones de seres le deben estar agradecidos, aunque ellos nunca lo sabrán... Ha desmantelado la más peligrosa organización de espías con la que la civilización se ha enfrentado hasta ahora... Y dadas las circunstancias en que ha desarrollado su trabajo, yo podría decir de usted que es el anti-espía más dinámico, más audaz, con que podíamos contar...

—Sí, jefe —asintió Dorothy—. Charlie Clymer es el anti-espía K7.

La puerta del laboratorio saltó reventada y por el hueco escapó un verdadero alud de nieve.

El jefe de Dorothy, ella y Charlie fueron arrollados y rodaron por el corredor. Dorothy y Charlie fueron a parar a un rincón. Estaban abrazados, y él aprovechó la circunstancia para besar los labios entreabiertos de la joven.

—Charlie —dijo ella—, me encuentro en dificultades.

—Entiendo. Necesitas el permiso para casarte.

—No. Eso ya lo tengo.

—¿A qué te refieres entonces?

—Verás, nuestro agente en Macao ha sido asesinado. Quieren que yo vaya allí. —Ni hablar.

—Pero necesitamos a otro, ya sabes, a alguien que no sea conocido en nuestro mundo de espías y contraespías... —Entiendo. Necesitáis al anti-espía K7.

—Sí, querido. Mi jefe ha pensado que, puesto que tú lo has

hecho tan bien en esta ocasión, nos podrías echar una mano... Creo que Macao es una ciudad maravillosa para pasar una luna de miel... ¿No crees?

Charlie cerró los ojos y los abrió dando un suspiro.

—No, nena. No te voy a echar una mano.

—¿Cómo?

—Te voy a echar las dos —y así diciendo, Charlie estrechó entre sus brazos a Dorothy y la besó fuertemente en la boca.

A unos cinco metros, emergió la cabeza del jefe de Dorothy gritando:

—¡Traigan un rompehielos!... ¡Traigan un rompehielos!...

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).